



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD  
DEL ASILO DE HUÉRFANOS  
DEL  
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

ÉPOCA 4.<sup>a</sup> — AÑO XI. — TOMO IX.

NÚMERO 15 — Madrid 25 de Mayo de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.



FORMACIÓN Y MARCHA DE UN CICLÓN.



## SUMARIO

TEXTO.—La decena, por Blas.—Crónica universal, por X.—Carta de Roma, por D. J. M.—Los grabados.—Formación de los vientos y huracanes, por D. C. P. V.—Historia de plantas y flores, por D. Teodoro Peña Fernández.—Robespierre (continuación), por D. Ceferino Suárez Bravo.—La cuna y la sepultura (soneto), por C. Huerta.—¡Quiero divertirme! (conclusión), por Mauricio Le Prevost.—Discurso leído en la Real Academia Española, en la recepción pública del R. P. Mir (continuación).—Miscelánea. GRABADOS.—Formación y marcha de un ciclón.—Las primeras lecciones.—Los estragos del ciclón en esta Corte.—Paso del ferrocarril por los Gaitanes (sierra de Antequera).

## LA DECENA



El huracán pasó; pero sus destructores efectos se muestran aún a nuestra vista, después de trascurridas dos semanas, en todo el horror de su bárbara grandeza.

Las víctimas humanas duermen en el camposanto el sueño de la eternidad. Los heridos, van muriendo algunos, curándose otros, sin que se acuerden de ellos más que sus familias y allegados.

El hombre, con toda su soberbia, es muy poca cosa ante estos grandes sacudimientos de la naturaleza. Por eso, aun sus mismos semejantes prescindan de él cuando se echan a valuar la cuantía de los estragos producidos por uno de esos cataclismos.

No es que tengamos en poco la desaparición de nuestros prójimos, ni que nos sea indiferente su suerte, ni que nos preocupe más el súbito desplome de una casa que la muerte instantánea de sus moradores.

No; es que sabemos que para matar a una docena de hombres basta uno de los más sencillos aparatos que los hombres han inventado para destruirse; al paso que para derribar cualquiera de los corpulentos árboles que á centenares ha tronchado el huracán como si fuesen cañas, no bastaría el concurso simultáneo de mil brazos humanos.

La idea de esta fuerza bruta de la naturaleza nos anonada, precisamente porque no alcanzamos á comprenderla, ni tenemos recursos en nuestra inteligencia para contrarrestarla.

Hemos inventado la nitro glicerina, entre otras muchas sustancias explosivas; y aun para llegar á este descubrimiento hemos necesitado todo el tiempo que cuenta de vida la humanidad. No digo yo que sea cosa baladí ese milagro de la química, ni que deje de ser motivo de legítimo orgullo para el hombre un invento con el cual se puede volar un pueblo en un abrir y cerrar de ojos; pero ¿qué representa esa fuerza extraída de las retortas y aparatos de un sabio comparada con esa otra fuerza, creada en el gran laboratorio de la naturaleza, que produce fenómenos parecidos á los que se han desarrollado ante nosotros hace pocos días?

Convengamos en que somos unos pobres peleles hinchados de vanidad, cuando alardeamos de dominadores de los elementos.

El hombre considera la naturaleza como país conquistado. Remueve, trasporta, castiga y horada la tierra para sacar de ella los frutos y los metales que han de hacerle posible y agradable la vida. Cruza los mares en edificios flotantes de madera y hierro, ya para hacer el comercio, ya para hacer la guerra á otros pueblos. Se eleva en los aires ó desciende á los abismos por medio de aparatos que él ha ideado. Envía á larga distancia, y con la rapidez del rayo, sus pensamientos por medio del telégrafo, sus mercancías por medio del ferrocarril, sus proyectiles de 500 libras por medio de la pólvora. Cuenta las manchas del sol; pesa, analiza y aprecia la materia de que se componen los astros; mide matemáticamente sus diámetros y sus distancias... ¡Qué grande es el hombre! ¡Qué poder tiene el hombre! ¡Qué sabiduría la del hombre!

¿Qué fuerza material puede oponerse á la fuerza inteligente del hombre?...

Y mientras el hombre se entrega á estas expansiones de ridículo orgullo, la atmósfera deja escapar inadvertidamente un suspiro algo más fuerte que de ordinario, y... adiós globos aerostáticos, buques, telégrafos, árboles seculares, chimeneas, tejados, cercas, vehículos y transeúntes.

Y mientras el hombre declama estos soliloquios de vanidad insensata, la tierra sacude ligeramente su corteza, como sacude sus lanas el perro para alejar un insecto que le incomoda... y allá van aldeas, tierras, campiñas, montañas, ciudades y moradores á sepultarse en los abismos abiertos instantáneamente por el terremoto.

..

He visto las huellas del huracán.

He leído y escuchado de viva voz la triste enumeración de las víctimas sacrificadas á ese incon-

trastable poder meteorológico. Y se ha contrastado mi ánimo, se ha horrorizado mi corazón, y he elevado á Dios mi humilde plegaria por las almas de los muertos.

Y después...

Después, el pensamiento me ha llevado á otro orden de ideas.

Me acusaba á mí mismo de tibieza en mis impresiones y de falta de irritabilidad en mis sentimientos en presencia de aquel cuadro de desolación. Me parecía que, al ver tales estragos, habría estado justificada alguna frase de anatema, algún arrebato de cólera, expresado en duros apóstrofes, contra el huracán y, por consiguiente, contra la naturaleza, causa inmediata de tantas desdichas. Y sin embargo, me había contentado con deplorar la calamidad y compadecer á las víctimas.

La razón vino en mi auxilio para defenderme contra la acometida de mi propio pensamiento. ¿Con qué derecho maldecir á esa fuerza bruta é inconsciente, cuando el hombre emplea la suya reflexiva, calculada, inteligente y gobernada con astucia diabólica para producir efectos, menos rápidos acaso, pero mil veces más funestos que los del ciclón y del rayo?

¿Qué significan esas sacudidas de la atmósfera al lado de las convulsiones de la humanidad cuando se agita en su seno el vendaval de la guerra ó estalla el trueno de las revoluciones?

¿Qué han hecho en el mundo los terremotos, los volcanes, los desbordamientos de las aguas, los fuegos eléctricos de las nubes, que pueda compararse en sus destructores efectos á lo que han hecho los hombres movidos del odio, de la ambición de gloria, de la sed de conquista, y muchas veces de una genialidad, de un capricho, de un entretenimiento pasajeros?

Si fuera posible reunir en un inmenso receptáculo la sangre humana vertida por los héroes de la historia, y amontonar las descarnadas osamentas de los millones de hombres que han sido sacrificados al ídolo de la guerra, con la primera se podrían apagar todos los volcanes del globo, y con las segundas formar una muralla que resistiera el embate de los más violentos huracanes.

No arrojemus piedras al tejado de la naturaleza física, mientras tenemos fabricado de vidrio el tejado de la naturaleza humana.

..

Hablemos de más gratos asuntos.

La reina Doña María Cristina ha dado á luz un niño llamado por la ley vigente á ceñir un día la corona de España.

En mi deliberado y firme propósito de no tratar en estas revistas asunto alguno que se relacione, aunque sea indirectamente, con la política, no hablaré de este acontecimiento más que para consignarle por su notoriedad y trascendencia, felicitando á la augusta señora que, en medio de sus amarguras de viuda y de sus hondas preocupaciones de reina, ha merecido el inefable consuelo de verse acariciada en sus puras ilusiones de madre.

Del solemne acto de la presentación del regio vástago á los altos poderes del Estado, grandes dignatarios, autoridades, corporaciones oficiales y representantes extranjeros, nada nuevo puedo decir á mis lectores, que han podido enterarse hasta de sus más minuciosos detalles por las extensas descripciones que ha hecho la prensa política.

No habrá fiestas oficiales para celebrar el nacimiento del rey D. Alfonso XIII, en consideración al luto por el fallecimiento del rey D. Alfonso XII.

Aplaudo esta medida, y la aplaudiría aun cuando no mediara tan triste motivo.

Siempre me han parecido pobres (por más que sean ricos en razón al dinero que cuestan) esas demostraciones de entusiasmo público á plazo fijo, ensayadas y anunciadas por medio de programas como los espectáculos teatrales.

Las expansiones del gozo, como las contracciones del dolor, no pueden ni deben sujetarse á rígidas fórmulas de etiqueta, ni acomodarse á los estrechos moldes de la rutina oficial.

Hay una clase de manifestaciones que se armoniza perfectamente así con las alegrías como con las penas: las obras de caridad.

Con el dinero que cuestan las percalinas se pueden comprar pañuelos para enjugar muchas lágrimas. Lo que se gasta en castillos de pólvora, luminarias y músicas, tendría mejor aplicación destinándolo á socorrer familias menesterosas, amparar niños huérfanos y educar jóvenes desvalidos.

No hay música más agradable al oído que la que producen los suspiros de satisfacción, las frases de gratitud y los sollozos de ternura de los desgracia-

dos á quienes se tiende una mano salvadora cuando se ahogan en el golfo de la miseria.

..

Otras miserias hay más difíciles de remediar que las que se descubren en el fondo de las clases pobres: las miserias morales.

Hace pocos días se pregonaba y vendía por las calles de Madrid, en forma de hoja impresa, una verdadera bofetada impresa en el rostro de la conciencia pública.

Algunas personas que la compraban y pasaban por ella la vista, la retiraban con asco, más que con indignación, exclamando: «¡Cuánta miseria!»

Otros estrujaban con desprecio el papel y volvían la cabeza en todas direcciones, como si buscasen algo. Yo no sé si buscaban algún agente de la autoridad, para denunciar aquel escandaloso asalto, en medio de la vía pública, contra la moral y la cultura. No sé si, creyéndose víctimas de un sueño ó de una alucinación, trataban de asegurarse de que no habían sido transportados á algún país salvaje, sino que vivían en una población civilizada y por añadidura capital de la monarquía y residencia del poder supremo.

Lo único que sé es que un pueblo donde pueden pasar estas cosas, tiene mucho adelantado para que digan, hablando de él, los extranjeros: «¡Cuánta miseria!»

..

¡Cuánto lujo! ¡cuánto tren! ¡cuánta gente! ¡cuánto dinero!

Estas exclamaciones, antítesis de la anterior, se le habrán ocurrido á cualquier forastero de los que han venido á pasar en Madrid la fiesta de San Isidro, al asistir á las carreras de caballos que han terminado el miércoles 19 de Mayo.

La última ha sido la más notable, por haberse verificado en medio de una lluvia torrencial.

Ha sido una carrera verdaderamente de competencias desde el principio al fin. Los caballos corrían en competencia entre sí; el agua corría en competencia con los caballos; las gentes de á pie corrían, en busca de refugio, en competencia con los caballos y con el agua.

Las apuestas no corrían tanto, por temor de resbalar en la arena por donde corría el agua sin sujetarse á las prescripciones reglamentarias.

Hubo momentos en que hubiera podido dudarse si la fiesta que se celebraba era un *steeple-chase* ó una *naumaquia*; si los caballos corrían ó nadaban; si los concurrentes eran aficionados á secas al espectáculo hípico, ó naufragos recién extraídos de las aguas, y á quienes se había socorrido por la Sociedad de Salvamento con tónicos paraguas y antiespasmódicos impermeables.

Todo esto lo digo de referencia, porque no asistí á la fiesta.

Me han dicho también que en la cuarta *singladura* (quiero decir, en la carrera cuarta) hubo dos hombres al agua, esto es, dos *jockeys* que cayeron por la banda de estribor cuando iban á embocar el puerto de Salto. Afortunadamente se les pudo sacar á la orilla, librándoles del inminente riesgo de morir ahogados.

Parece que uno de los dos lanzados al suelo (que en esta ocasión era como si les hubiesen lanzado al Océano) resultó con una fuerte contusión, de que fué por de pronto curado en la enfermería.

No sé si estas noticias serán ciertas, pero desconfío del que me las ha dado, porque es un fanático por los toros y suele complacerse en deprimir las carreras de caballos, asegurando que también en éstas hay sus correspondientes cogidas y despanzurramientos, como en el espectáculo nacional.

BLAS.

## CRÓNICA UNIVERSAL



NUNCIÁBAMOS en la última crónica que el proyecto de ley político-eclesiástico presentado á las Camaras prusianas por el Gobierno imperial, había sido aprobado con las modificaciones propuestas por el Arzobispo de Fulda y de acuerdo con la Santa Sede; réstanos añadir ahora que según noticias dignas de algún crédito, tan pronto como el Sr. Schloetzer comunique al Papa la aprobación por el Emperador y la promulgación de la nueva ley político-religiosa, empezarán nuevas negociaciones para la derogación de todo lo que queda en pie del Kulturkampf y es opuesto á la paz religiosa.

También nos dicen los periódicos alemanes que



con motivo de las ventajas obtenidas hasta hoy por la Iglesia católica en Prusia, van á reunirse todos los obispos de esta nación para ponerse de acuerdo acerca de su conducta en lo por venir. El Papa á su vez les dirigirá una nueva carta.

Sirvan de comentario á estas noticias las siguientes palabras de *Le Temps* de París, diario republicano y protestante, cuya hostilidad á la Iglesia es bien manifiesta: «Es curioso, dice el periódico parisien, ver á dos hombres de Estado de la talla de Windthorst y Bismarck, que en estos últimos quince años se han encontrado tantas veces y medido sus armas en todos los campos de batalla del Kulturkampf, y que tienen conciencia de su valer mutuo, protestar esta vez de sus buenas intenciones y esforzarse en hablar de la Santa Sede, sin comprometer el uno los derechos del Estado, y el otro los de la oposición católico-alemana. Gracias á la política tan llena de buen sentido y prudencia de León XIII, la Santa Sede es el árbitro verdadero de las diferencias político-ecclesiásticas en el Imperio alemán.

«Es el Papa el único que puede arrojar en la balanza un peso suficiente á hacerla caer del lado de la paz ó del de la guerra. El Estado prusiano, negándose, y todo al menos verbalmente, á negociar un concordato con el poder espiritual, ha acabado por abandonar prácticamente el terreno en que se había colocado cuando el Kulturkampf, y en vez de arreglar por el camino puramente legislativo sus relaciones con sus súbditos católicos, admite y coloca á la diplomacia pontificia entre sus súbditos católicos y el poder civil.

«Hay en esto un triunfo muy considerable para los defensores del punto de vista puramente ultramontano, y por consecuencia del Centro católico alemán, mantenedor de esta política.»

Quiera Dios que el triunfo *muy considerable* se convierta pronto en triunfo completo y definitivo.

Puede dar luz sobre este cambio feliz de la conducta de Bismarck, el estado de la cuestión obrera en Alemania. Las huelgas van en aumento, la gremia cunde y se propaga, el malestar se generaliza en todas las clases, y á pesar de la voluntad del Canciller de hierro y de los esfuerzos de las autoridades gran número de obreros carecen de trabajo á causa de la paralización del comercio y de la industria, que atraviesan por una verdadera crisis, porque no pueden soportar los tributos que pesan sobre ellos y sobre todo porque la producción excede al consumo, viéndose muchos fabricantes obligados á cerrar, siquiera momentáneamente, sus establecimientos.

En la Prusia oriental es donde se muestra más amenazadora la crisis.

Bismarck comprende que en una ciudad tan perturbada hace falta la influencia pacificadora de la Iglesia católica. Los diplomáticos y políticos que miran las cosas por el lado puramente material, añaden que Alemania, para salir de esta situación, de esta verdadera plétora, necesita de una guerra; pero el Emperador pasa de 90 años, Molke frisa con ellos y, el mismo Canciller pasa de los 70. ¿Qué mucho que antes de apelar á la guerra procuren sostener la paz á todo trance y apelar para ello á la mediación de la Iglesia?

Trasladémonos á las costas de Grecia para presenciar el bloqueo, que se extiende desde el cabo Malea, Sudeste del Peloponeso, hasta el cabo Sunium, denominado también el cabo de *Las Columnas*, el cual está situado á algunas leguas del Pireo, y en la extremidad Sudeste del Atica, siendo notable por las bellas ruinas del famoso templo de Minerva, del cual se conservan varias columnas.

Del cabo Malea al Sunium los lugares más frecuentados por el comercio son, partiendo del Sur, el golfo de Naupha, que baña el litoral de la Argólida, el golfo de Egina, la bahía de Salamina, el animado puerto del Pireo, la bahía de Falero y otras.

Para completar las medidas coercitivas contra Grecia, las flotas combinadas han destacado varios barcos á la entrada del golfo de Patras, por el cual se llega al de Corinto.

La flota inglesa es la más numerosa de las concentradas en el archipiélago. Sabido es que está á las órdenes del duque de Edimburgo, que lleva su bandera en *El Temerario*, con torres de barbata de 8.540 toneladas, armado con 8 cañones de grueso calibre.

Vienen enseguida los acorazados. *El Dreadnought*, de 10.820 toneladas, con 4 cañones; *El Soberbio*, de 9.170 toneladas, con 16 cañones; *El Sultán*, de 9.170 toneladas, con 16 cañones; *El Neptuno*, de 9.130 toneladas, con 6 cañones; el torpedero ariete *Polifeno*, de 2.640 toneladas; el crucero de gran velocidad *Iris*, la corbeta *Crysford*, los cañoneros

*Dee*, *Falcon* y *Don*, el aviso *Dolfin*, el transportador *Neda*, y cinco torpederos de primera clase.

Todos tienen redes *bullivant*, y en su armamento numerosas piezas de poco calibre y cañones de repetición.

¿Quién ha de creer que toda esta fuerza combinada de cinco grandes potencias ha de tener por único objeto la represión del patriotismo griego, que hasta la hora presente no ha hecho más que amenazar á Turquía sin llegar á levantar el brazo?

Otro ha de ser por fuerza este aparato de guerra de cinco leones contra un ciervo.

Por lo que hace á la situación interior de Grecia, las cosas siguen su curso sin hechos notables que merezcan llamar la atención. El nuevo gobierno presidido por el Sr. Tricoupis, no trae otra misión que la de reunir la Cámara, para que ella decida sobre la paz ó la guerra. Por su parte la liga nacional ha dirigido un manifiesto á todos los pueblos civilizados, haciendo un llamamiento á favor de la causa de Grecia.

La liga protesta enérgicamente contra el bloqueo y contra la brutalidad del ultimatum y termina declarando que no puede creer que las naciones sufran semejante iniquidad.

¿No han sufrido las muchas y enormes acometidas por Italia contra la Santa Sede? ¿Así duda en Europa el orden social y la justicia de las relaciones internacionales?

Son las conquistas del derecho nuevo.

He aquí el resumen de un discurso pronunciado por Renán á los estudiantes de París:

«Al mundo se viene para gozar; el que no goza es un tonto; yo, que soy viejo y sabio, así lo aseguro, aventurando la profecía de que andando el tiempo, gracias al progreso, cuyo límite no podemos señalar, las ideas de lo bueno y de lo malo habrán desaparecido, y con ellas la de la conciencia, que todavía nos mortifica cuando cometemos una mala acción.»

*Moral independiente* se llama esta, exclama un periódico al transcribir estas lecciones; pero ¿no es verdad que si no se ofendieran los presidarios podría ser llamada con más propiedad *moral de los presidios*?

Y el caso es, que sobre mala es absurda y desmentida por la experiencia diaria de cada uno. ¿Quién puede vivir sin penas, cuando el no tenerlas constituye la pena mayor del hombre, que es el tedio, ó sea la inapetencia para todos los placeres?

Sin embargo, con esta *moral* se educa á la juventud; ¿qué queremos que suceda cuando la semilla se convierte en árbol y el árbol maldito dé sus frutos de corrupción y de muerte?

La cuestión judía se ha puesto á la orden del día en París.

Después del libro de M. Drumont, acaba de aparecer una nueva obra dedicada á los judíos: *La entrada de los israelitas en la sociedad francesa, y los Estados cristianos*.

Su autor, el abate Lemann, ha nacido israelita, y por antigua que sea su conversión, guarda todavía simpatías por sus antiguos correligionarios. No se trata, pues, de una obra de combate, sino por el contrario, de una obra de paz y de reconciliación.

Hablando de la preponderancia actual de los judíos dice, que esta es una garantía de su conversión al cristianismo y que este acontecimiento se verificará en Francia. Sin embargo el abate Lemann cree, apoyándose en las profecías y en los textos del Evangelio, que el restablecimiento del reinado precederá á este acontecimiento. Los judíos no se convertirán sino en las manos de un rey, porque «Israel es una nación monárquica», y el Mesías salió de una casa real: la de David.

Lo que aumenta el interés de la obra del abate Lemann, son los numerosos documentos históricos que contiene sobre el estado de los judíos antes de su afrancesamiento por la revolución y antes de las cartas patentes de Luis XVI, que comenzaron este afrancesamiento.

Ha vuelto á suscitarse el proyecto de la expulsión de los príncipes. Casi todos los periódicos republicanos la reclaman enérgicamente. En cambio la prensa monárquica protesta contra el proyecto. A una voz dicen estos periódicos: «Podrá expulsarse de Francia á los *príncipes*, pero no á los *principios*».

Continúa en la Cámara de los Comunes la discusión de los proyectos de reformas para Irlanda. La opinión de la prensa sobre el resultado de la votación es muy varia. Algunos suponen que si los proyectos son rechazados, Gladstone disolverá la Cá-

mara. Otros creen que antes de darse la batalla sufrirá el asunto algún largo aplazamiento. Pronto lo veremos.

Como noticia aventurada debe temerse la que ha publicado el *Daily Chronicle*, anunciando que es inevitable una guerra entre la Gran Bretaña y China, á consecuencia de las dificultades que han surgido en la frontera.

Añade que un ejército chino de 15.000 hombres se está concentrando en la frontera de Mandchuria.

Lo que se vuelve á nublar, si alguna vez ha estado claro, es lo de Egipto. Las noticias hasta ahora han sido muy contradictorias. Unos suponían que los mahistas, contentos con su suerte, se ocupaban, más que de la guerra, en la agricultura, disfrutando de una paz envidiable; otros los presentaban como á tantos penitentes que se disponían en tropel á venir para echarse de rodillas ante el khedive y pedirle perdón de su rebeldía; pero otros, y con más razón, siempre han tenido sus temores de que los mahistas perseveren impenitentes, y la realidad ha venido á confirmar lo que se temía, pues las últimas noticias, y oficiales, son que dos cuerpos de ejército de los rebeldes se dirigen de Berber hacia Korosko, por lo cual las tropas anglo-egipcias han recibido orden de ocupar de nuevo los fuertes abandonados allende de Wady-Halfa, esto es, Koshay, Akashay y Crinnis; difícil es conjeturar lo que sucederá; pero, si calculamos lo futuro por lo pasado, no hay duda que los ingleses deberán de sufrir algunos disgustos todavía. Y si las fuerzas de los rebeldes fuesen tan numerosas como algunos quieren suponer, no pasando las de los ingleses de 5.000 soldados, no dejaría de preocupar de nuevo la cuestión del Sudán á los políticos de Londres.

Estas cuestiones favorecen poderosamente los planes de Gladstone acerca de Irlanda.

Más oscura se ofrece aún la situación de los italianos en Egipto. Alucinados por Inglaterra creyeron los gobernantes del Quirinal que Masawa era Jauja, y se mostraron orgullosos de su posesión. Pero ¡oh desencanto de la realidad! Masawa ha resultado un cementerio para las tropas italianas y tal vez para el orgullo de los *regeneradores* de la Nueva Italia.

El resultado inmediato de la posesión de Masawa ha sido granjearse los italianos la enemistad de Abisinia. La hostilidad ha llegado al punto de impedir el Gobierno abisinio la entrada de ningún italiano en sus provincias. Ahora bien, sin los auxilios de Abisinia no pueden sostenerse en Masawa y para salvar su honor se verá Italia obligada á emprender una guerra en el centro de la Abisinia á menos de no abandonar Masawa, y de esta disyuntiva no escapa. Abandonar Masawa es inconcebible para los italianos, y por consiguiente en el supuesto que las cosas no se acomoden, se tendrá que acudir á las armas. Pero en este caso ¿puede el Gobierno italiano contar con el concurso de todos sus súbditos? ¿está la paz interna en Italia tan asegurada que el Gobierno pueda emprender una guerra en el extranjero y de suyo peligrosísima, sin tener graves complicaciones en el interior del mismo país? Son cuestiones bien difíciles de resolver.

Italia ha pecado contra el Vicario de Cristo en la tierra, y los pueblos expían en este mundo sus pecados.

Dos noticias que tienen cabo.

Leemos en un diario italiano:

«Se anuncia que en la Polonia rusa va á proceder á abrir una información militar para descubrir á los autores de un crimen de alta traición.

«Parece que se han vendido á Alemania planes de movilización del ejército ruso.

«A este propósito hace notar un periódico alemán, que la hostilidad contra Alemania aumenta en Rusia de día en día, y cuenta que en un banquete de oficiales el general Gourko ha dicho:

«Pronto sonará la hora en que podamos medirnos con nuestro mayor enemigo. Plegue al cielo que esta hora se acelere, para que los años me permitan tomar parte en la lucha.»

Otra. Nos la comunica el telégrafo desde Viena, con fecha 17 del corriente:

«Los periódicos rusos publican extensos detalles sobre el recibimiento de que han sido objeto en Sebastopol el czar y la zarina.

«El czar pasó ayer revista á las tropas de la guarnición, visitando detenidamente las fortificaciones. Después se celebró un gran banquete, al que fueron invitados los militares que tomaron parte en la defensa de aquella ciudad durante el memorable sitio de 1854.

«Se atribuye mucha importancia política al viaje del czar al Mediodía de Prusia, donde se ocupa



principalmente en impulsar las obras de defensa y en fomentar la marina de guerra."

Ahora que ate cabos el curioso lector.

Ejemplo que debemos imitar:

"En Viena se ha formado una junta encargada de organizar los preparativos para que los católicos se concierten con objeto de tomar parte en la fiesta universal que se proyecta con motivo del 50.º aniversario de la ordenación sacerdotal de León XIII."

En España todavía no hemos hecho otro tanto. Convendrá no dejarlo para última hora.

X.

## CARTA DE ROMA

Roma 19 de Mayo de 1886.



A decena en Roma no ha dado nada que pueda interesar á los españoles, pues la noticia de que Su Santidad iba á apadrinar en la pila bautismal al hijo póstumo de D. Alfonso, tuve el gusto de adelantarla en mi última carta, y por lo visto cuando debió leerse en LA ILUSTRACIÓN aun no era del dominio público en Madrid: he tratado de averiguar la causa de la reserva en que la han tenido hasta el último momento, y supe que tal silencio obedecía precisamente á la duda de si Su Santidad apadrinaría al hijo que diera á luz la Reina Regente en el solo caso de que naciera varón, ó si también en el de que fuera Infanta. Parece que los Papas no acostumbran apadrinar á hembras, aunque cítase en contrario el ejemplo de la actual Reina de Portugal, apadrinada por Pío IX; pero queriendo León XIII dar una prueba más de deferencia y afecto para con la nación española, aceptó para ambos casos la invitación de la Reina Regente. Excuso decir que la colonia española agradeció mucho ese nuevo testimonio de pontificia benevolencia, y ahora estamos anhelando saber cuándo y cómo tendrá lugar la religiosa ceremonia del bautizo: también nos preocupa bastante la indecisión que parece haber respecto al nombre que debe llevar el recién nacido; hay quien para salir de apuro ya le llama «el Rey de España;» pero éstos olvidan que, según nuestra Constitución, no puede haber Rey hasta que el llamado á serlo no reciba las aguas bautismales. Generalmente la prensa italiana no ha mostrado extrañar el que Su Santidad apadrine al hijo del malogrado rey Alfonso: la oficiosa, sin embargo, se ha permitido propalar con ese motivo muchas inexactitudes. Descuella entre ellas la de que el cardenal Pecci, hermano de Su Santidad, había salido para Madrid, pues además de que dicho Purpurado es muy anciano y poco amante de viajes, ya dije que desde un principio se había resuelto encargar la representación del Papa al Nuncio de Madrid: tal vez dicha especie, publicada hoy en el *Popolo Romano*, tiene la intención de exagerar la importancia que en el Vaticano se atribuye al mencionado compadrazgo, insinuando, aunque sin fundamento, que en ello asoma la política.

Conforme con lo que dije otra vez, se ha llegado á un acuerdo entre la Santa Sede y Portugal, sobre la tan debatida cuestión del patronato portugués en las Indias; el sábado último quedó firmado el protocolo por el Cardenal Secretario de Estado y el embajador de S. M. F. Para el próximo Consistorio de 10 de Junio se espera aquí al Patriarca de Lisboa llamado por Su Santidad, con el fin de imponerle el capelo cardenalicio: también tienen anunciada su venida con el mismo objeto el Sr. Arzobispo de Valencia y el de Viena, sintiéndose mucho no pueda venir también el Cardenal Arzobispo de Sevilla: ya se encuentra aquí el Sr. Obispo de Tortosa, y no tardarán mucho en llegar los de Orihuela, de Jaén y de Murcia; se supone que el primero recibirá en Roma mismo el palio que le corresponderá como Arzobispo de Santiago.

El cólera aumenta en Italia, particularmente en la provincia de Venecia: además se temen otras desgracias por la erupción del Etna y alguna amenaza de terremoto que puede acompañarla, según vienen indicando los sismógrafos; pero el Gobierno no parece preocuparse en ello, pues estamos en período electoral, y todo el afán de los políticos se cifra en sacar diputados á muchos amigos para hacer luego alarde de importancia política en dirigir las huestes parlamentarias. Tampoco la opinión pública se preocupa en las desgracias de la patria: muy concurrida, en efecto, se ha visto en los días pasados la Exposición de flores y de plantas inaugurada en el Palacio de las Bellas Artes hace unos diez días. Es verdad que merece bastante, y hubo acierto en colocarla en dicho local, pues está muy á pro-

pósito para ello, y quien presidió á su organización tiene evidentemente buen gusto artístico; los sabios concurren á esta clase de Exposiciones para estudiar la histología de las plantas, y forman nuevas clasificaciones de ellas según su diferente composición química; pero también el pueblo se goza en la multitud de las flores, admirando la variedad de sus colores y celebrando, sobre todo, la suavidad de los perfumes; sabido es que el arte debe inspirarse principalmente en la Naturaleza, como el hijo imitar debe á la madre; luego en una ciudad eminentemente artística, cual estuvo Roma hasta la aparición de sus modernos destructores, no viene mal la reunión de las inmensas bellezas que ofrece la Naturaleza en esta hermosa estación del año.

J. M.

## LOS GRABADOS

FORMACIÓN Y MARCHA DE UN CICLÓN.

(Véase el artículo sobre las causas de los vientos, más abajo.)

LAS PRIMERAS LECCIONES.

La educación del hombre comienza en la cuna. De aquí la importancia inmensa que tiene para la sociedad el apostolado de las madres. Y esta educación no tanto consiste en enseñarnos á hablar y á manejarnos en los usos y necesidades materiales de la vida, cuanto en enseñarnos á conocer las verdades fundamentales de la religión, puestas en práctica por las devociones y costumbres de la piedad cristiana.

Más filosofía enseña una madre á su hijo, que todavía apenas sabe balbucir alguna palabra, ejercitándole en santiguarse y haciéndole mirar una imagen de la Virgen antes de acostarse y por la mañana antes de vestirse, que la que preconizan los sabios en las aulas de las universidades, y que las más de las veces pasa estéril, si no pernicioso, sobre la vida del hombre.

En las nimias, pero poéticas costumbres del hogar cristiano, se encierra el porvenir de los pueblos.

En estas ideas está inspirado el precioso cuadro que reproduce nuestro grabado. ¿Quién no ha sido protagonista de escena semejante? ¿Quién, por extraviado que ande, no se acuerda con íntimo é inefable placer de aquellos ejercicios devotos de la niñez, embalsamados con el aroma del amor más puro que brota del corazón de una madre?

LOS ESTRAGOS DEL CICLÓN EN ESTA CORTE.

Aunque los periódicos han divulgado cuanto ha ocurrido en esta Corte con motivo del terrible huracán del día 12 de Mayo, vamos á resumir aquí los hechos principales que se relacionan con los sucesos reproducidos en nuestro grabado.

El ciclón debió presentarse y estallar casi repentinamente: á las seis de la tarde el cielo no ofrecía peligro ninguno, especialmente sobre la zona superior de Madrid.

Las observaciones astronómicas señalan el principio de la tempestad á las seis y veinticinco minutos.

Al principiarse el nublado, procedente de S. y SO., la veteleta apuntaba al SE.; luego al E. y NE., y por largo rato, mientras descargaba la tormenta, al N., contrariando el viento rastroero el movimiento de las nubes en sentido contrario. Pero á las seis horas y cincuenta minutos la veteleta se inclinó al NO., luego al O., y poco después, antes de las siete horas, al SO. Y conforme el viento giraba y variaba así en dirección, aumentaba descomposadamente en intensidad, y concluyó por soplar arremolinado, desde las siete horas y un minuto á las siete horas y seis minutos principalmente, con furia devastadora, y muy rara vez advertida en Madrid, sin ejemplar seguramente, en los últimos veinte años.

Respecto al trayecto recorrido por el ciclón, puede señalarse en los estragos causados, que son considerables á lo largo de su camino.

Las versiones más autorizadas dicen que comenzó á desarrollarse en la pradera de San Isidro, abrazando una zona limitada por Carabanchel á la derecha, y la puerta de Toledo á la izquierda. Siguió la tromba por la ronda de Valencia y camino de Yserías, subiendo después por la puerta de Atocha, Botánico y Retiro, hasta llegar á las Ventas del Espíritu Santo.

El punto en que mayor intensidad alcanzó el ciclón, fué el espacio que media entre la puerta de Atocha y las alturas del Retiro.

Señalemos ahora algunas circunstancias de los estragos que se reproducen fielmente en nuestra lámina.

El Casón, una parte del antiguo palacio del Buen Retiro, que fué en el reinado de Isabel II gimnasio del príncipe, hoy museo de reproducciones, fué reciamente atacado por el ciclón.

Las obras de reparación se estaban haciendo con sumo cuidado, y prometía ser aquel uno de los edificios más bellos del Madrid moderno; todas las obras han sido destruídas, y yacen hoy por tierra las columnas que no hace mucho se colocaron en la fachada de la calle de Felipe IV.

Estas columnas son todas de una pieza, y con ellas han sido derribados los sillares, que eran de los más grandes que se han empleado en Madrid.

Dos ventanas han caído hacia adentro, causando algunos destrozos en los objetos artísticos que allí se encontraban.

Un hotel que estaba construyendo al lado del director de las obras, Sr. Carderera, fué también destruído.

Por fortuna no ha padecido nada el techo del famoso salón de próceres.

En el Retiro los destrozos han sido enormes, sobre todo en la zona del Campo Grande, donde se levantó hace pocos años el palacio de la Exposición de minería y algunos pabellones, que se estrenaron en aquel certamen. El de los Reyes, de estilo árabe, fué derribado, no quedando en pie más que un trozo de pared, según se ve en el grabado. La fuerza que por aquel sitio llevaba el huracán era espantosa; baste decir que numerosos árboles de robustez y frondosidad gigantescas fueron trónchados como una caña.

Pero el lugar de más horribles escenas fué el lavadero Imperial, situado á la derecha del paseo de este nombre, según se baja de la calle de Toledo al puente.

Al iniciarse el ciclón, muchas de las laboriosas mujeres abandonaron las pilas y se refugiaron llenas de espanto en las dependencias próximas á la salida del edificio. En la nave más vasta quedaron unas noventa mujeres y dos ó tres hombres, que suspendieron todo trabajo, presintiendo sin duda un peligro. Un horroroso golpe del huracán conmovió, en efecto, la nave, haciéndole sufrir una ondulación, y acto continuo otra ráfaga más impetuosa tumbó materialmente la parte aquella del edificio, pues que las dos paredes con el techo que sobre ellas gravitaba cayeron de un lado, sepultando á cuantas personas se hallaban en la nave. Las otras dos naves permanecieron en pie, no obstante ser una de ellas continuación de la derribada.

Un estruendo horrible seguido de ayes lastimeros y gritos desgarradores demandando socorro, helaron de espanto á cuantas personas habían quedado ilesas, y sin reparar en el peligro que el resto del edificio amenazaba, y desafiando la fuerza del huracán, todo el mundo acudió á prestar los primeros auxilios á las desgraciadas víctimas de la catástrofe. Pero la extensión de ésta era tal, que durante los primeros momentos apenas fué posible otra cosa que sacar de entre los escombros las personas que menos habían sufrido.

La noche dominaba ya en el horizonte. Había cesado la lluvia. Los guardias civiles, los de orden público, los minadores y zapadores y los dependientes del ramo de limpieza seguían apartando los escombros.

A las once había terminado la operación, y entonces el aspecto que presentaba el lavadero era aterrador. De trecho en trecho lucía una antorcha embreada, cuyo vagaroso y oscilante resplandor arrojaba reflejos sobre las ruinas. Aquí se veían montones de ropa, allá charcos de agua. Apresuradamente pasaban cuatro camilleros llevando un herido, á quien el movimiento de la marcha duplicaba el dolor de las lesiones.

En una esquina de la nave que quedó en pie había un horrible grupo: tres mujeres muertas. Más abajo, á la derecha de las naves derruidas, y sobre los surcos de un barbecho, formaban espantosa fila diez cadáveres. Tres de ellos eran de hombres y el resto de mujeres. Los de éstas tenían todas las mangas del vestido arremangadas, y advertíase en los desnudos brazos la limpieza y blancura propia del oficio á que las desventuradas se dedicaban.

Dios haya recibido en su gloria á tantas infelices víctimas y tenga misericordia de nosotros para no ver reproducirse tan dolorosa catástrofe.

PASO DEL FERROCARRIL POR LOS GAITANES

(SIERRA DE ANTEQUERA).

Hablando de este paso, decía un viajero amigo nuestro hace poco tiempo: "Saludé al medio día las inolvidables ermitas de Córdoba; atravesé por la tarde los olivares de Montilla, verdaderas balsas de aceite, y á la luz de la luna entré en la sierra tajada y horadada por el ferrocarril, disparado como un rayo por la fragosidad imponente de aquellos cerros y riscos, que tocan con su falda el abismo y con sus cabezas el cielo. No he olvidado el pintoresco paso de los Apeninos entre Pistoya y Porreta, y sin embargo, me parece que este paso de la sierra de Antequera, aunque más corto y reducido que aquél, le supera en la que pudiéramos llamar belleza fantástica. Cierzo que yo lo he visto de noche y á la luz de la luna, lo que puede contribuir á aumentar su majestad y sus misterios; pero no obstante, lo enriquecido de sus montes, la elevación de sus crestas, la proximidad de sus túneles, que más bien parecen grutas naturales, la profundidad de sus barrancos, forman cuadros tan imponentes, que á la luz de la luna, cuando las sombras pueblan sus encrucijadas y sus cuevas, parecen regiones infernales de aquellas que describió la musa sombría y aterrador del Dante."

En efecto, los ferrocarriles de España ofrecen cuadros bellísimos y pintorescos que hacen olvidar algunos de los que llevan fama universal en el extranjero: las sierras de Despeñaperros, de los Gaitanes y de León; las costas y marinas de Valencia y Cataluña nada dejan que desear al turista más experimentado en viajes; sin embargo, aquí no damos importancia á esas bellezas pintorescas, y mientras los extranjeros envuelven en fotografías al viajero, nosotros reservamos á los turistas la sorpresa de tales hallazgos. Esta apatía quita mérito y atractivo á los viajeros por España, disminuyendo un venero de riqueza, del que se mantienen hoy muchas ciudades de Italia. Por eso es obra de patriotismo el dar á conocer los pasos pintorescos de nuestros caminos, si no exentos aun de sustos y secuestros, por lo menos abiertos á las conquistas de nuestro siglo, que atenúan los riesgos haciéndolos más rápidos y violentos.

## FORMACIÓN DE LOS VIENTOS Y HURACANES



POR lo mismo que son tan vulgares los fenómenos meteorológicos, inspiran poco interés al estudio de la mayoría de las gentes, las cuales se atienen á sus resul-



tados, ora beneficiosos, ora perjudiciales; sin investigar sus causas, veladas todavía en ciertos puntos á la mirada de los mismos sabios.

Las nubes, el rocío, la lluvia, la nieve, la escarcha, la aurora boreal, los vientos, etc., etc., son otros tantos fenómenos meteorológicos dignos de observación y de estudio, no sólo por lo que la ciencia humana puede servir para precaverse de sus estragos, cuanto para admirar el orden maravilloso con que está constituido el mundo, y el régimen con que la Providencia lo conserva en beneficio del hombre; de entre estos fenómenos ninguno puede inspirarnos más interés en estos días que el de los vientos, pues nunca olvidará Madrid los estragos del ciclón del día 12, que nos ha hecho apreciar una calamidad desconocida hasta ahora en nuestras regiones y que castiga con tanta frecuencia y espanto á los pueblos intertropicales.

Brevemente y sin valernos de términos científicos que dificultarían en vez de aclarar la inteligencia de esta materia á los no versados en el lenguaje científico, vamos á ofrecer aquí la explicación que dan los meteorólogos á las causas de los vientos, ora sean apacibles brisas que esparcen por los campos el aroma de las flores, ora terribles ciclones ó huracanes que arrancan de raíz árboles corpulentos y derriban muros seculares.

Sabido es de todos que el globo de la tierra gira sobre su eje en el espacio de 24 horas, movimiento que produce los días y las noches, y que por lo mismo ha recibido el nombre de *rotación diurna*; y no lo es menos que este globo se halla rodeado por una cantidad de aire llamado atmosférico, que llega hasta cierta altura que todavía no se ha podido determinar con exactitud, aunque se cree por cálculos muy fundados, que podrá tener de elevación por término medio de dieciséis á diecisiete mil pies.

Esta cubierta de aire que rodea nuestro globo, ó esta *atmósfera*, que es el nombre que se le da, debe seguir y sigue efectivamente el movimiento de rotación de la tierra; pero como no está verdaderamente unida á la parte sólida ni á la líquida que constituye los mares, y por otro lado es menor su peso específico, resulta que su movimiento no es tan rápido como el de la tierra, y por consiguiente parece que debe formarse una corriente de aire en sentido contrario al movimiento de rotación del globo, esto es, de Oriente á Occidente.

Pero esta diferencia de velocidades no es igual en todos los puntos de la tierra, sino que es mucho más sensible en el *Ecuador* (que es el círculo que divide á la tierra en dos partes iguales perpendicularmente al *eje* sobre el que se mueve), y desde allí va gradualmente disminuyendo hasta los *polos* ó extremos del mismo eje; así es que desde dicho círculo hasta una distancia de seiscientos ó setecientas leguas á uno y otro lado, reinan constantemente unos vientos de Levante, ó sea en dirección de Oriente á Occidente, conocidos con el nombre de vientos *alisios* ó *monzones*. Desde dicha distancia hasta los polos pierde su fuerza la causa principal que produce aquellos vientos, y por último, se hacen insensibles.

Mas no es esta la única causa de los vientos, sino que hay otras muy poderosas. En el día, que ha llegado á ser tan común el lanzar á la atmósfera globos hechos de papel, por medio del enrarecimiento del aire, saben todos, aunque nunca hayan saludado la física, que el calor hace el aire más ligero, y que siéndolo, propende á subir sobre el más pesado, el cual, por una consecuencia necesaria, ha de bajar á ocupar el espacio que aquél deja.

Ahora bien, el suelo ó el agua que se hallan en contacto con las capas inferiores del aire en las regiones ecuatoriales comunican su calor á dichas capas, principalmente por la noche, época en que la ausencia del sol hace que se enfríen las capas superiores; las moléculas de aire inferiores enrarecidas por el calor y hechas más ligeras, suben hacia lo más alto de la atmósfera, y el sitio que dejan le ocupan las moléculas que anteriormente se hallaban á su lado; este movimiento va continuándose de unas en otras moléculas, y resulta que todas se mueven en la dirección de los polos hacia el Ecuador, produciendo dos nuevas corrientes de aire que, sintiendo en parte los efectos de la primera causa de que hemos hablado, no pueden seguir exactamente la dirección que hemos dicho, sino que se desvían una y otra hacia el Occidente. El aire que debajo del Ecuador ha subido á la parte alta de la atmósfera va acercándose al uno ó al otro polo en virtud de la perturbación de equilibrio que ha sufrido la masa total, y enfriándose sucesivamente, hasta que al llegar á las regiones más frías, viene á ser arrebatado por la corriente inferior y aproximado de nuevo hacia el Ecuador.

Tales son las dos causas universalmente recono-

cidas y que dan origen á los vientos generales, mas éstos se encuentran modificados por una infinidad de circunstancias; la atracción que el sol y la luna ejercen sobre la atmósfera, y que varía tan notablemente cuando los dos astros la verifican en un mismo sentido ó en sentidos contrarios; la diferente posición de la tierra con respecto al sol, según las épocas del año, que hace que unos mismos puntos del globo reciban mucho más calor en ciertas estaciones que en otras; las nubes, que suspendidas en la atmósfera oponen un obstáculo mayor ó menor á la marcha del viento; el estado eléctrico de la misma atmósfera; las desigualdades de la superficie de la tierra, que presentan á veces á los vientos generales un estorbo que no pueden vencer, y les obligan á tomar una dirección muy distinta de la que llevaban; en fin, las erupciones volcánicas, la combustión de los cuerpos, la respiración y traspiración de los animales y vegetales, etc., etc., contribuyen poderosamente á la alteración de dichas corrientes, ya variando su dirección, ya aumentando su velocidad y fuerza, ya disminuyéndola ó acaso neutralizándola del todo. Cada una de estas causas, considerada por sí y aisladamente, no producirá un grande efecto, mas cuando se reúnen varias, ó pueden obrar en sentido opuesto unas de otras, y destruyéndose mutuamente, no producir efecto alguno sobre el viento; ó pueden obrar todas en el mismo sentido, y en ese caso, si éste es inverso al movimiento de la corriente paralizarla completamente, que es lo que sucede cuando no se percibe viento alguno, y se dice que está en calma; ó si es favorable al movimiento pueden aumentar la fuerza de éste, y llegar á formarse los vientos fuertes y los huracanes. El pretender tomar en consideración el efecto de cada una de estas causas citadas, nos haría entrar en cálculos y combinaciones que no caben en los estrechos límites de un periódico, pero lo dicho basta para que nuestros lectores puedan formar una idea general del influjo que tienen en la formación y modificación de los vientos.

Concluiremos este artículo con una tabla de las velocidades del viento, según las diferentes circunstancias, y de los nombres que recibe según la velocidad con que se mueve.

#### Velocidad del viento en una hora.

6.400 pies.	Viento apenas sensible.
13.000 —	Viento sensible.
26.000 —	Viento moderado.
70.000 —	Viento algo fuerte.
128.000 —	Viento fuerte.
260.000 —	Viento muy fuerte.
290.000 —	Tempestad.
349.000 —	Gran tempestad.
375.000 —	Huracán.
582.000 —	Ciclón capaz de arrancar los árboles y derribar las casas.

De esta última clase es el que hace poco ha visitado á Madrid y cuyos estragos lloran hoy muchas familias. De la manera de formarse los ciclones puede también dar idea la lámina de este número, donde se ve cómo estalla una nube y baja la tromba de aire á estrellarse sobre la tierra. Esta lámina explica á la simple vista la índole de su fuerza y su modo de obrar desarraigando los árboles y haciendo levantarse las techumbres de los edificios.

Mientras los *sabios* buscan remedio á este azote, procuremos los cristianos desarmar la ira de Dios, que le envía á la tierra para ministro de su justicia y testimonio de su omnipotencia.

C. P. V.

## HISTORIA DE PLANTAS Y FLORES

### EL CLAVEL



El clavel ha recibido diversos nombres á través de los siglos, que hacen oscura su historia. Los africanos, desde la más remota antigüedad, le han cultivado para aromatizar un licor tónico. Se le llama *alell*, y este nombre antiguo le conservan aún los alemanes, probablemente por la analogía del perfume de las dos flores, singular coincidencia en algunas comarcas de nuestra patria, se llaman á los alelles clavelinas; dice así un canto popular:

Rosas me dan á escoger,  
Clavelinas quiero yo,  
Que las rosas se deshojan  
Y las clavelinas no.

El año 1270 los infelices soldados de Luis IX de Francia, diezmados por las exhalaciones fétidas de

la abrasada Túnez, hallaron en el licor del clavel un lenitivo á sus sufrimientos.

«Sobrevino una gran desgracia, dice Joinville, que consistía en que la carne de las piernas se nos secaba hasta los huesos y se nos podrían las encías. No se oía por todas partes más que los gritos de los enfermos á quienes se arrancaba esta carne muerta á fin de que pudiesen pasar.

Parecían pobres mujeres enseñando á andar á los niños. No se puede decir la lástima que esto daba.»

Concluida la guerra cada uno llevó á Francia la preciosa planta á la cual debía probablemente su vuelta á la patria: planta que los sabios llamaron *túnica* para grabar para siempre en la memoria su origen y los tristes recuerdos que evoca. (*Hist. et leg. des plantes utiles et curieuses* par M. Ramboson).

La literatura del clavel es bastante extensa, pudiendo decirse que, después de la rosa, es la flor predilecta de los poetas españoles. D. Juan Arolas le dedica la siguiente composición:

#### EL CLAVEL.

Rojo clavel, embalsamado emblema  
de un amor puro y vivo que se afana,  
Hijo del fresco albor de la mañana,  
Y que debes servirle de diadema.

¿Quién dirá tu primor y gracia extrema?  
Si Murillo copió labios de grana,  
Te la robó el pintor con gloria ufana,  
Te debe su alabanza que es suprema.

¿Mas yo qué te diré? Mi amor terreno  
Mordió mi corazón con sorda lima,  
Y dejéme en el alma su veneno.

Cuando tu esencia des al alto clima,  
Envuelve mi suspiro con tu aroma,  
Y cumplido tu fin, mustio desploma.

He aquí algunas estrofas del idilio al clavel, de D. José Iglesias de la Casa.

La madre universal de lo criado,  
Que con diversas y pintadas flores  
Del alma primavera, en mil colores  
Adorna el verde manto, que ha bañado  
Céfiro en mil olores.

Ya alzando al cielo frescas azucenas,  
nacidas al albor de la mañana,  
Ya vistiendo á los troncos pompa ufana  
De frescas hojas y de frutas llenas  
De rosicler y grana.

En mi huerto produjo el más hermoso  
Pundonor del jardín, el presumido  
Galán de toda flor, astro florido,  
En que se excede el año presuntuoso  
El clavel encendido.

Señuelo sea de tu amante lado  
O bello airón de tu galán sombrero  
Por primicia del año placentero  
Y de un alma que á ti te ha consagrado  
Su afecto placentero.

Es también muy bella la silva de D. Francisco de Rioja.

#### AL CLAVEL.

A ti, clavel ardiente,  
Envidia de la llama y de la aurora,  
Miró al nacer más blandamente Flora.

Amor, amor sin duda dulcemente,  
Te bañó de su llama refulgente;  
Y te dió el puro aliento soberano,  
Que eres, flor encendida,  
Pública admiración de la belleza,  
Lustre y ornato á pura y blanca mano  
Y ornato, lustre y vida  
Al más hermoso pelo  
Que corona nevada y tersa frente;  
Sola merced de amor, no de suprema  
Otra deidad alguna.

¡Oh flor de alta fortuna!  
Cuántas veces te miro  
Entre los admirables lazos de oro  
Por quien lloro y suspiro,  
Por quien suspiro y lloro,  
En envidia y amor junto me enciendo

¿Dióte naturaleza sentimiento?  
¡Oh! yo dichoso habérnele negado,  
Hable más de tu olor y de tu fuego.  
Aquel á quien envidias de favores  
No alteran el sosiego.

El Conde de Noroña le dedica otra silva que comienza:





LAS PRIMERAS LECCIONES.

Encendido clavel, clavel hermoso,  
Más que todas las flores oloroso,  
Pues tus hojas con pompa desplegando,  
Llenas el aura de un olor tan blando  
Y tan puro que al hombre le mitigas  
En parte sus pesares y fatigas:  
Tú, que honras el verano, con él vienes,  
Que anuncias con tu vista tantos bienes,  
Adornas los jardines y las salas,  
Retozas en el pelo y en las galas  
De las graciosas ninfas, y al fin eres  
Testigo fiel de todos sus placeres.

Y pues el mismo sinsabor tenemos,  
Mutuamente los dos nos consolamos.

El clavel ha sido y es muy apreciado por los amantes de las flores.

Se cultiva con facilidad el clavel en una tierra sustanciosa, con abono más ó menos cálido según el país, la exposición y la naturaleza del terreno. Se siembra en el mes de Abril. Requiere algún cuidado, porque los caracoles y limazas le devoran, la mucha humedad pudre sus raíces y las alternativas del calor y del frío, de la sequía ó humedad en la primavera dan lugar á la enfermedad que se llama *el blanco*, que exige trasplante y cambio de tierra.

No obstante, el clavel crece espontáneamente en los lugares más incultos y aun en la arena.

M. A. Dupuis, profesor de historia natural, ha publicado un interesante librito del clavel, su historia y su cultivo, en el cual se reúnen el buen gusto y la ciencia.

TEODORO PEÑA FERNÁNDEZ.

(Se continuará.)

## ROBESPIERRE

### Crónica dramática del Terror.

## JORNADA TERCERA

### LA CONVENCION NACIONAL.

*Galería corrida de la Convención en el primer plano: en el segundo el hemicíclo donde se celebran las sesiones. La galería corta en línea recta el hemicíclo, al nivel del sillón presidencial, de modo que el presidente tiene su asiento de espaldas arrimado á la baranda de la galería. Se ve la tribuna enfrente de la presidencia, con escalera á cada lado, por la que suben los oradores. Según esta disposición, los actores que representan en la galería (que se supone que sea una galería reservada) para ver la sesión, tienen que dar la espalda al público, al paso que todos los convencionales se ven de frente ó de costado. No ha empezado todavía la sesión, pero vense aquí y allí grupos de convencionales conversando en actitud recelosa y sobreexcitada. Ocupan ya la galería del primer plano varios espectadores. En las tribunas públicas que cierran el fondo coronando los bancos del centro, reina grande animación. El sillón presidencial está todavía vacío. Durante todo este cuadro los espectadores entran y salen en la galería y los convencionales en el hemicíclo, según exija la marcha de la acción. Sólo se marcará por escenas la entrada y salida de los actores en la galería. Los convencionales que pasan del salón de sesiones á ésta, entran por una puerta de la derecha; los espectadores por una de la izquierda. A lo largo de la balaustrada de la galería hay un banco corrido: en el espacio vacío del primer plano taburetes sueltos.*

*Se nota en la fisonomía y actitud de todos los personajes la ansiedad de las grandes crisis.*

### Escena primera.

BONAPARTE *entrando por la izquierda, luego BARRÁS.*  
BONAPARTE *viste uniforme de brigadier de artillería.*

BONAPARTE.

Llego á tiempo. Aun no ha comenzado la sesión. ¿De quién vendrá esta cita misteriosa? La atmósfera está cargada de nubes, nubes que según costumbre vienen preñadas de sangre... El ciudadano Robespierre tiene miedo, y éste suele pagarse muy caro. (Mirando hacia el salón.) Allí veo á Barrás. Creo que me ha hecho una señal de inteligencia y se retira... ¿Será el actor del aviso anónimo? (Mirando hacia las galerías públicas.) ¡Hola! los bastones de la juventud dorada están en mayoría en las tribunas públicas... Esto es nuevo... (Pensativo.) He aquí un detalle al parecer de poca importancia, que puede ser fecundo en resultados.

BARRÁS.

(Entrando por la derecha.)

Buenos días, ciudadano general. ¿Qué miras con tanta atención?

BONAPARTE.

(Volviéndose.)

¡Oh ciudadano Barrás! Miro á las tribunas públicas, en donde se ven hoy más camisas que de costumbre.

BARRÁS.

Es verdad. Los descamisados son los menos. Se conoce que la juventud dorada ha tomado las tribunas por asalto. ¿Qué infieres de eso?

BONAPARTE.

Decía para mí, precisamente en el momento en que entrabas, que este detalle, en apariencia insignificante, podía hacer cambiar hoy mismo la faz de Francia. ¿Piensas tú lo mismo?





LOS ESTRAGOS DEL CICLÓN EN ESTA CORTE.

1. Casón del Retiro después del huracán. — 2. Restos del pabellón llamado de los Reyes en la Exposición del Retiro. — 3. Bajada al lavadero Imperial. — 4. Entrada al Campo grande del Retiro, donde se halla situado el Palacio de la Exposición. — 5. Escena en el lavadero Imperial. — 6. Nave que ha quedado en pie en el lavadero Imperial.

BARRÁS.

¡Hum! Si te parece hagamos como que no lo hemos notado. Tengo que hablarte. (Pasean del uno al otro lado de la galería hablando en voz baja y parándose algunas veces, según requiere el interés del diálogo.) Te he citado para este sitio, porque nos persigue un espionaje incesante, y la Convención es quizá el único lugar que inspira algún respeto á la policía de Robespierre.

BONAPARTE.

No te fíes. En la Convención hay mucho miedo y el miedo es delator.

BARRÁS.

Pero yo sé que tú no le conoces y creo no cometer ninguna imprudencia en hablarte y en hablarte sin rebozo.

BONAPARTE.

Mientras te oiga sólo el general Bonaparte, lo único á que te expones es á perder el tiempo. Habla.

BARRÁS.

(Bajando más la voz.)

Nuestra situación va siendo cada día más intole-

table. Ese hombre... (ya sabes de quién hablo...) nos pide cada día nuevas concesiones.

BONAPARTE.

O lo que es lo mismo, nuevas cabezas.

BARRÁS.

Pero el círculo se va estrechando y la misma Llanura, dócil instrumento hasta ahora de todos sus sanguinarios rencores, se siente amenazada.

BONAPARTE.

¿Qué quieres, ciudadano? El Terror convertido en sistema de gobierno no puede pararse nunca, y si no halla resistencias tiene que inventarlas... Cuando no tenga ya víctimas en la Montaña bajará á la Llanura. Quizá hoy mismo empiecen á mermar vuestras filas. Y es natural. La ira, la justicia y la piedad, están espionando á Robespierre para echarse sobre él al menor síntoma de cansancio... Hoy viene, según todos los síntomas, á recoger pasto para la guillotina en todos los bancos de la Convención; pero me parece que ha estado demasiado tiempo meditando... Ha pasado dos meses en amagos y en este intermedio los que se encuentran más amenazados parece

que se afirman en la resolución de no caer sin combatir.

BARRÁS.

¿Sabes algo por ventura?

BONAPARTE.

No, yo no sé nada. Yo no soy ni quiero ser más que un soldado, bien lo sabes, ciudadano Barrás; pero tengo ojos y veo. (Volviéndose hacia el salón.) Observa cómo Billaud Varennes y Collot d'Herbois corren de grupo en grupo preparando las huestes para la batalla... ¿Se concebiría hace un mes semejante acto de osadía? Alzar bandera contra Robespierre, aquí en la misma Convención, equivale á jugar resueltamente la última carta. Verdad es que se ve á muchos convencionales huir recelosos y aislarse en sus asientos á fin de aparecer extraños á la conjuración; pero en cambio mira cómo otros se agrupan y se conciertan con el semblante airado y resuelto. Te digo que la batalla va á ser terrible.

BARRÁS.

Pero la victoria será de Robespierre. La Convención le aborrece, pero...



BONAPARTE.

Sí; pero el temor de caer en las manos del verdugo, puede ser quizá más poderoso que el propio instinto de conservación. Sin embargo, si me encontrase en el pellejo de Robespierre no dejaría de ponerme en cuidado el aspecto singular que hoy presenta la Asamblea... Y sobre todo la clase de público que domina en las tribunas. La reacción y el instinto de la propia defensa, se han dado la mano... ¿Quién es aquel joven que recorre los bancos de la Llanura y habla con ademanes tan vehementes á tus amigos?

BARRÁS.

Es Tallien.

BONAPARTE.

Tienes razón. Ahora se vuelve para hablar con Durand de Mallaine... Está lívido, pero con la lividez biliosa de la cólera. Tallien es hombre de acción y Robespierre no ha obrado con cordura poniéndole en la necesidad de disputarle su cabeza y la de la Cabarrús (Sin volver la cabeza.) ¿Conque dices que tienes que hablarme?

BARRÁS.

Escucha: mis amigos y yo hemos procurado entendernos. El asunto no era fácil, porque ahora todas las palabras que salen de los labios, salen disfrazadas por el miedo; pero el hombre aprieta demasiado y hasta en la Llanura empiezan á estallar sordos murmullos de resistencia. Me he concertado ya con algunos de mis colegas que se han atrevido á ser francos, y hemos resuelto hacer algo para salir de esta horrenda tutela.

BONAPARTE.

¿Has hablado á Sieyes?

BARRÁS.

Ya sabes que desde que domina el Terror, Sieyes se ha vuelto mudo.

BONAPARTE.

Y ha hecho muy bien. El hablar mejor que Robespierre suele pagarse con la cabeza. Pero ¿no le has dicho nada?

BARRÁS.

Sí.

BONAPARTE.

¿Y te ha contestado...?

BARRÁS.

Me ha dicho, aunque nada más que con los ojos, que aprobaba nuestro proyecto.

BONAPARTE.

Veamos vuestro proyecto.

BARRÁS.

Pensando en los medios de llevarlo á cabo, nos hemos fijado en ti, general.

BONAPARTE.

¡En mí! ¿Qué puede hacer un soldado como yo tratándose de una Asamblea como la vuestra?

BARRÁS.

Invadirla, depurarla, y en caso necesario, disolverla á culatazos.

BONAPARTE.

(Encogiéndose de hombros.)

¡Pchs! No habría para ello que gastar mucha pólvora. La empresa de disolver la Convención podría tentar á quien se sintiera con ánimo de recoger todos sus poderes. Pero... ¿y los soldados, ciudadano Barrás?

BARRÁS.

El regimiento de artillería en que has servido y que estuvo contigo en el sitio de Tolón, se encuentra en París de paso para la frontera del Norte. Este regimiento te conoce, ha visto como yo de qué manera te has conducido en Tolón y te seguiría ciegamente adonde quisieras llevarlo.

BONAPARTE.

Te equivocas. La Convención inspira á nuestros soldados más terror, mucho más terror que las bayonetas extranjeras. Aunque mi nombre ejerciera sobre ellos el prestigio que suponéis, este prestigio sucumbiría ante el terrible que ejerce el nombre de la Convención. Lo que me propones es una locura... por ahora al menos.

BARRÁS.

Todavía no he acabado.

BONAPARTE.

Has dicho más de lo que yo quiero oír. El Terror es un sistema que vosotros habéis creado y que sólo puede morir á vuestras manos. Si se tratara de lu-

char con hombres, no sería Bonaparte quien os negara su concurso; pero oponerse al paso de una máquina ciega y brutal, obligada por terrible necesidad de origen á aplastar sin inteligencia cuantos obstáculos encuentre en su camino, es una empresa que yo me guardaré de tentar. Ese es asunto vuestro. El poder que estrangula á Francia, está fundado sobre el cadalso, y sobre el cadalso hay que matarlo. No es un soldado lo que necesitáis, sino un verdugo.

BARRÁS.

¿Posible es que un grande ánimo como el tuyo retroceda ante la empresa de luchar con un hombre!

BONAPARTE.

Es que ese hombre representa una fuerza contra la cual, mientras él viva, no pueden nada las bayonetas. Francia, desangrada por tres años de crueles suplicios, no sabe mirarle frente á frente sin temblar. Un loco podría quizá libraros de él, pero no encontraréis un héroe que se arroje á tan temeraria resolución.

BARRÁS.

¿Es decir, que debemos todos resignarnos á ser pasto de la guillotina?

BONAPARTE.

Repito que esa es cuenta vuestra, ciudadano Barrás. Sin embargo, Maximiliano ha cometido la falta de amenazar muchas cabezas á la vez y veo que éstas se agitan hoy de una manera que me sorprende. ¿No lo ves? Hasta la misma Llanura está removida. Se conoce que Tallien juega su última carta con decisión y los autómatas empiezan á dar señales de vida. Repara que el mismo Sieyes no le huye. El miedo es á veces temerario y hoy me parece que se dispone á hacer una hombrada. Vamos á presenciar un espectáculo curioso, un terror luchando contra otro terror. Un combate feroz, en el cual quizá se lleve la palma de la victoria el beligerante que tenga más miedo. Pocas veces habrá presenciado el mundo un espectáculo semejante y bendigo á Carnot, que me ha dado llamándome á París, ocasión de poder asistir á tan formidable encuentro. (En voz baja.) ¿Tú me pedías soldados, ciudadano Barrás? Ahí en los bancos de la Llanura se está sublevando un regimiento, que puede hacer mucho más que mi regimiento de artillería. ¿Por qué no vas á dar una mano á Tallien?

BARRÁS.

¿Me aconsejas que tome parte en el combate?

BONAPARTE.

Yo no te aconsejo nada... Tú harás lo que te convenga. Los bancos se van poblando. Me parece que los primeros rayos partirán de la Montaña... Ya entran los lebreles de Robespierre... He ahí á Saint Just. La cara de ese jovencuelo destila sangre. ¿No ves á Barrere? Mira cómo maniobra por entre los grupos de sirios y troyanos y cómo los observa de reojo sin mezclarse con ninguno... Es un práctico que se orienta antes de tomar rumbo...

BARRÁS.

¿Desconfía ya de la estrella del piloto?

(Van entrando espectadores en la tribuna: los unos toman asiento; los otros quedan en pie hablando entre sí en voz baja.)

BONAPARTE.

¿Quién preside hoy?

BARRÁS.

Collot d'Herbois.

BONAPARTE.

Pertenece al número de los conjurados. Mejor para ellos.

**Escena II.**

Dichos, ENRIQUE y á los pocos instantes un ESPÍA.

ENRIQUE.

(Aparte.)

Llego á tiempo... Aun no ha comenzado la sesión... (Viendo al espía.) Aquí está mi hombre... ¡Bah! En este sitio ya no le temo, y cuando salga de aquí, mi suerte y la de los míos ya estará decidida.

BARRÁS.

(Bajo á Bonaparte.)

Ese es Florval, secretario de Fouquier.

ENRIQUE.

(Al espía con aire burlón.)

Ciudadano, supongo que vendrás cansado porque te he traído como un zandillo de un sitio para otro. ¿Qué quieres? Tu amo nos da mucho que hacer. Mira, yo voy á sentarme aquí. (Aproximándose á un asiento en el centro de la galería.) Te invito á que te sientes á mi lado y así podrás contar los latidos que da por minuto un corazón que odia á los tiranos.

TALLIEN.

¡Ah! ¿Te ha dicho algo para mí?

ESPÍA.

(Bulbuceando.)

Ciudadano... Florval...

ENRIQUE.

(Con la misma cortesía burlona.)

Ciudadano espía, no desperdicies esta ocasión de ganar tu salario cómodamente.

ESPÍA.

Eres un traidor. Corro á denunciarte.

(Se marcha.)

ENRIQUE.

Trabajo perdido: eso ya está hecho. (Los espectadores se apartan asustados de Enrique.) ¡Hola! Mis vecinos temen el contagio de un sospechoso. Mejor, así estaré más ancho.

BONAPARTE.

(A Barrás.)

He ahí un terrorista que me interesa.

BARRÁS.

Ten prudencia. Pero va á comenzar la sesión...

(Collot ocupa el sillón presidencial. Los convencionales acuden á sus asientos.) ¿Te quedas?

BONAPARTE.

¿Pues á qué he venido? Voy á sentarme al lado del ciudadano Florval, que por lo visto no puede verse libre de espías... Ahora le va á espiar el general Bonaparte.

BARRÁS.

¿Qué piensas de él?

BONAPARTE.

Que es un jacobino curioso, y deseo ver cómo sirve á Robespierre.

BARRÁS.

Te vuelvo á encargar la prudencia. Salud, ciudadano Bonaparte.

BONAPARTE.

Y fraternidad, ciudadano Barrás.

(Sale Barrás y Bonaparte se sienta al lado de Enrique.)

UN ESPECTADOR.

(Colocado al lado opuesto.)

Ciudadano general, creo que harías bien en separarte de ese particular que tienes á tu derecha.

BONAPARTE.

(Al espectador.)

¿Y por qué?

EL ESPECTADOR.

Mira lo que está haciendo.

BONAPARTE.

Sí, está haciendo señas á las tribunas públicas.

EL ESPECTADOR.

O es un conspirador ó un loco.

BONAPARTE.

Ahora es difícil ser lo primero, sin tener algo de lo segundo.

(El presidente toca la campanilla.)

EL ESPECTADOR.

La sesión comienza. Entra el ciudadano Robespierre: viene á concluir su discurso de ayer. Tallien al verle se dirige apresuradamente á ocupar su puesto en la cumbre de la Montaña... Pero ¿qué hace? Se pára y nos mira...

BONAPARTE.

Te equivocas... Mira al ciudadano que está á mi lado.

ENRIQUE.

(Aparte.)

Me ha visto... Viene hacia aquí...

(Se levanta y va á esperar á la puerta de la derecha, por donde sale á los pocos instantes Tallien.)

**Escena III.**

BONAPARTE, ENRIQUE, TALLIEN y espectadores de la galería.

(El diálogo entre Enrique y Tallien tiene lugar en voz baja y breve, Bonaparte desde su asiento los observa de reojo.)

TALLIEN.

Al fin te veo. ¿Has estado en la Conserjería?

ENRIQUE.

Sí.

TALLIEN.

¿Y Teresa?

ENRIQUE.

En este momento se halla sentada en el banco del Tribunal.



ENRIQUE.  
No, pero me ha dado algo para ti. (Sacando el puñal que le dió Teresa.) ¡Mira!

TALLIEN.  
(Tomando el puñal y con tono resuelto.)  
¡Trae!

ENRIQUE.  
Sólo en el último extremo. ¿Entiendes?

TALLIEN.  
Entiendo.

ENRIQUE.  
(Enseñando el mango de otro.)  
Yo también vengo preparado.

EL PRESIDENTE.  
(Agitando la campanilla.)  
El ciudadano Robespierre tiene la palabra para continuar su discurso de ayer.  
(Sensación y atención profundas.)

TALLIEN.  
Concluyamos de una vez.  
(Sale por donde entró viéndose un momento después atravesar la sala y subir á sentarse en la Montaña. Enrique vuelve á su asiento. Robespierre ocupa la tribuna.)

C. SUÁREZ BRAVO.  
(Se continuará.)

## LA CUNA Y LA SEPULTURA

SONETO

De cortejo infantil acompañada  
Sin pompa funeral, á la honda fosa  
La yerta imagen de una niña hermosa  
Conduce un labrador sobre una almohada.  
¿Dó va esa multitud alborozada  
Que impidiendo la marcha silenciosa  
Del cortejo fatal, bulle gozosa  
En torno de otra niña sonrosada?  
A ser testigo acude al templo Santo  
De tu entrada en el mundo, hija querida,  
¡No olvides, ángel mío, dulce encanto,  
Si llegas á la edad apetejada,  
Que si la risa mézclase con llanto  
La muerte es compañera de la vida!

C. HUERTA.

¡QUIERO DIVERTIRME!  
POR MAURICIO LE PREVOST

III

¡POBRE MADRE...!

**M**AL vez la extrema indulgencia de mi madre era motivada por el presentimiento de pruebas mucho más grave que la esperaban en breve, y para las cuales reservaba la firmeza que había usado en mis primeros años. Turbaciones interiores me asaltaban sin cesar; una profunda tristeza y una melancolía insoportable se apoderaba de mí. Me aguijoneaba el deseo de conocer el mundo, y no tardó mucho el que yo siguiera los usos y costumbres de mis camaradas. Mi madre trató de hacerme algunas observaciones; yo la respondí con altanería. Por fin, una noche fui al baile con mis compañeros, y ese fué el principio de mi perdición. Mi madre lo adivinó, y con esto se despertó toda su energía. Su firmeza igualó su ternura. Yo me indigné por lo que me pareció su dureza; y como para darle en cara estreché más mis relaciones con los compañeros, y ya no pasaba una noche en casa.

En medio de esta vida de desórden, mis fuerzas y mi salud se agotaban. Mis ojos trabajados por el insomnio y por el abuso de los licores se debilitaban. Para mi pobre madre yo no tenía sino injurias y desprecios. Ella en medio de la desesperación que le causaba mi conducta, me trataba con cierta dureza, tanto que hubiera podido parecer que su ternura se había trocado en odio. Nosotros nos veíamos apenas y entonces tenían lugar escenas terribles, cuyo recuerdo me acompañará hasta la tumba.

El día de Año Nuevo se acercaba. Los camaradas propusieron una grande orgía para enterrar el año viejo. Se convino en una cotización de 20 francos por persona. Todos mis salarios habían sido consumidos por las orgías anteriores. Ya yo no llevaba á mi madre ni la mitad de lo que ella gastaba en mí. A pesar de todo le pedí que me prestara 10 francos que necesitaba, decía yo, por cierta compra indis-

pensable. Ella no los tenía y esto me hizo entrar en cólera, mientras que ella lloraba.

Cuando ya muy entrada la noche, volví á casa, encontré sobre mi mesa los 10 francos. ¡Mi pobre madre había empeñado sus vestidos para conseguirme los...! Yo me quedé dormido pensando en el placer que me proporcionaría el día siguiente, sin inquietarme de lo que esto costaba á mi madre. Entretanto ella tuvo una vaga sospecha de que yo la estaba engañando. Mientras yo dormía ella se levantó sin hacer ruido; registró mis vestidos y encontró en ellos los otros diez francos que yo le había ocultado. ¡Este fué un golpe terrible! En este momento apareció delante de ella, en toda su claridad, mi dureza, mi falta de corazón. Sin embargo, supo contener sus lágrimas, y tomó todo el dinero que era verdaderamente el precio de su sangre...!

Pero un pensamiento, de esos que sólo el amor de las madres puede inspirar, la detuvo:

«Muchas veces él me ha oído decir que tengo necesidad de una buena lámpara, para trabajar de noche... Pasado mañana es Año Nuevo... Si él hubiera apartado este dinero para darme una sorpresa!»

¡Pobre madre! Ella acoge con regocijo este pensamiento que la consuela; vuelve á poner el dinero en donde estaba, y se retira llena de esperanza, y hasta acusándose de injusticia por lo que creía un mal juicio.

¡Pobre madre! Yo no había pensado siquiera en su deseo.

La víspera en Año Nuevo, en lugar de ir como en los años anteriores, á visitar algunos parientes, yo pasé la noche con mis amigos.

Mi madre, devorada por la inquietud, pasó la noche en vela. Ella ignoraba el taller en donde yo trabajaba; sólo conocía la calle en donde éste estaba situado. Apenas amaneció salió á buscarme. Después de muchas diligencias logró llegar á la casa de mi patrón y le interroga. El le asegura que no me ha visto en toda la noche ni en la tarde anterior. Vuelve á la casa muerta de fatiga. Yo entraba al mismo tiempo.

— ¿De dónde vienes, desgraciado? me pregunta ella.

— Del taller, en donde he pasado toda la noche.

— ¡Tú mientes! exclama con energía. ¡Tú mientes!

— ¡Enhorabuena! le contesté con despecho.

— ¡Desgraciado tú me vas á quitar la vida! Entonces quedarás libre... Eso es sin duda lo que tú quieres.

— ¡Yo quiero divertirme! exclamé, volviendo la espalda, y me fui otra vez á la calle.

De ahí en adelante yo no iba á la casa sino para desatarme en improperios y blasfemias. El vicio me embrutecía. ¡Oh! jamás podré decir cuánto hice sufrir á mi pobre madre. Ella luchaba sin embargo contra la corriente y esperaba vencer; ella me amaba... ¡Una madre ama siempre! No había medio que ella no empleara para arrancarme de aquella corriente impetuosa que me arrastraba: amenazas, ternura, energía, súplicas. Y después de todo esto, se veía en el caso de luchar con otro enemigo: ¡la miseria! Ella trabajaba día y noche para pagar el alquiler, para nuestro escaso alimento. Y cuando había ganado algunos centavos, ¡tenía necesidad de ocultarlos cuidadosamente para que yo no se los robara! Su vida se agotaba con estas luchas. La pobre mujer cayó enferma, y yo ni siquiera me apercibí de ello.

De esto hay ya cinco años.

Era el tiempo de Carnaval y yo pasé una semana entera sin entrar en mi casa. Las noches se sucedían á los días y los días á las noches sin interrumpir nuestras orgías. Yo no sé qué locura se había apoderado de mí. El indescriptible tumulto del baile de máscaras, los acordes monstruosos de una música infernal, los alaridos de los bailarines, producían en mí una especie de vértigo, y yo no podía salir de aquel torbellino que me llevaba de un lado á otro.

Una noche que yo estaba ebrio de vino, de baile y de emociones de todo género; en medio de aquel tumulto espantoso, veo, á la vacilante luz de las lámparas ya escasas de aceite, á una mujer que se lanza hacia mí y me aprisiona entre sus brazos...

¡Yo trato de desasirme de ella; entre sus manos quedan jirones de mi disfraz; pero ella no me suelta...!

¡Entonces, sin pensar que aquella era una mujer, yo levanto la mano y le doy una bofetada...!

¡Ella cae al suelo y lo barre con sus cabellos blancos! Pero en breve se levanta, como movida por una fuerza sobrenatural, fija una mirada penetrante sobre mí; extiende hacia mí su mano, y con una voz terrible me dice:

— ¡Yo te maldigo...!

Era mi madre.

El rayo no habría producido un efecto más instantáneo... Al cabo de muchos días volví en mí y me encontré en un hospital. La fiebre me había conducido al borde del sepulcro. Sin embargo, Dios me conservó la vida. Apenas vuelto en mí, pregunté por mi madre. ¡Ella estaba loca!

¡Qué cosa tan terrible es una maldición! ¡Y cuánto más terrible aun es el haberla provocado! Aquellas tres palabras por poco me quitan la vida; ¡y al salir de los labios de mi madre la hicieron perder la razón!

Una vez que salí del hospital, la llevé á mi lado, y hace cinco años que no me separo de ella de día ni de noche. La rodeo de todo género de atenciones, de toda la ternura de mi alma. Velo sin cesar á su lado, esperando que un rayo de luz penetre de nuevo en su razón.

¡Qué desgracia tan grande sería para mí el que ella muriera sin haberme perdonado!

## IV

## RESURRECCIÓN

Francisco inclinó la cabeza y permaneció como anonadado.

Yo no sabía cómo consolarle, las palabras espiraban en mis labios. Yo mismo estaba profundamente conmovido.

¡Oh! me decía yo, cuántos jóvenes hay que, sedientos de libertad y de placeres, se fastidian del hogar y de sus inocentes placeres, y murmuran en su corazón esta terrible palabra, cargada de tempestades y de lágrimas:

«¡Yo quiero divertirme!»

Si ellos estuvieran aquí, si contemplaran este espectáculo, ¡qué dirían!

Sin duda quedarían como yo, llenos de terror y de espanto; rechazarían con horror la tentación que los persigue, y se refugiarían contentos en el seno del hogar doméstico, satisfechos con los inocentes placeres que éste les brinda.

Después de un largo silencio, que calmó un tanto el cruel dolor de mi amigo y me dió á mí mismo alguna tranquilidad, le tomé su mano entre las mías, y estrechándosela con afecto, le dije:

— ¡Amigo mío! usted no vive sino esperando el perdón de su madre... Pero ¿ha pensado en otro dón...? ¡en el de Dios!

Francisco me miró con sorpresa.

— ¿Qué quiere decir eso? me preguntó.

— Quiero decirle con esto que de nada le valdría el perdón de esta mujer, si á él no se añade el de Dios... Es necesario que llame un sacerdote para ella... y para usted.

El sacerdote traerá aquí el consuelo y la paz; acaso también la salud corporal. ¡Para ella el sacramento de los moribundos; para usted el de los pecadores!

Al día siguiente un sacerdote penetraba en la pieza de Francisco, oía la confesión de éste y administraba el sacramento de la Extremaunción á la enferma.

¡Apenas el óleo santo hubo sido colocado sobre sus ojos, éstos se abrieron, luminosos, llenos de calma y de ternura!

El corazón de la madre había resucitado.

Francisco había estado de rodillas junto al lecho, con la frente oculta entre las sábanas, y estrechando entre sus manos cálidas la mano fría de la moribunda.

De repente él siente que aquella mano se mueve y aprieta suavemente las suyas; un instante después siente que sobre éstas caen dos gotas cálidas, semejantes á las lágrimas que en otro tiempo derramaba su madre sobre él...

Entonces se levanta y sus miradas encuentran las miradas inteligentes de su madre. Esta le atrae hacia ella y deposita un beso en la frente del hijo... Luego, extendiendo ambas manos las coloca sobre su cabeza y pronuncia una oración que sólo los ángeles pudieron escuchar.

¡Fué la última!

Al día siguiente á aquel en que Francisco condujo los restos de su madre á la última morada, Francia é Inglaterra declaraban la guerra á Rusia.

Ese día él entró en mi cuarto y me dijo:

— ¡Adiós! ¡Yo parto!

— ¿Para dónde?

— Para el teatro de la guerra en el 3.º de zuevos, de que ya hago parte... quiero continuar la expiación comenzada sirviendo á otra madre: ¡la patria!

Francisco volvió de Crimea con la cruz de los bravos.

Después formó parte de la expedición de Italia, y murió con la muerte de los héroes en la batalla de Solferino.



## DISCURSO

LEÍDO ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA  
RECEPCIÓN PÚBLICA DEL R. P. MIGUEL MIR.

(Continuación.)



ESTRECHÍSIMA es la relación que hay entre la idea y la palabra. No se confunden ni se identifican; pero andan tan unidas y enlazadas, que lo que afecta á la una, altera ó modifica necesariamente á la otra. La palabra es la señal exterior de la idea, su expresión material, la forma que la revela en su mayor pureza y exactitud. La idea es la virtud que da sér intrínseco á este signo material, la luz que lo esclarece, el alma que lo anima. La palabra sin la idea sería sonido muerto y sin significación ni importancia alguna; la idea sin la palabra quedaría oculta en lo escondido del alma y privada de toda vida ó influencia exterior. Juntas estas dos realidades, es á saber, el pensamiento con su forma y el signo con la cosa significada, resulta la creación más bella, más útil y beneficiosa que la mano de Dios ha puesto al servicio de la criatura racional.

En este compuesto maravilloso es claro que la idea ha de llevar ventaja á la forma, como el espíritu la lleva á la materia. La idea es, en efecto, antes que la palabra; es además lo que la sostiene y fecunda, lo que le da toda la energía y virtud que en sí tiene. «El hablar, dice Fr. Luis de León<sup>1</sup>, nace del entender, y las palabras no son sino como imágenes de lo que el ánimo concibe en sí mismo.» Cuanto este concepto sea más claro y vigoroso, cuanto más noble y elevado, tanto más poderosa y eficaz será la palabra. La luz de las ideas ha de penetrar y ennoblecer el lenguaje, si ha de ser claro é inteligible. De dentro le ha de venir su hermosura, no de los adornos postizos y exteriores. «No basta, decía uno de nuestros antiguos<sup>2</sup>, que el concepto ó pensamiento que exprime la lengua, como el oro, resplandezca y brille por fuera; más que esto es menester para su perfección y hermosura: ha de resplandecer en lo hondo y en el centro de él como el cristal y el diamante, descubriendo la fineza de su más íntimo valor con resplandores que por todas partes le cerquen y de que todo él esté bañado ó penetrado.» Poco importa que los vocablos sean sencillos y tomados del hablar común y aun familiar, si la idea es noble y precisa. Sea el pensamiento claro, perspicuo y luminoso, que si lo es, su mismo resplandor y nobleza, reverberando en las palabras, las esclarecerá y ennoblecerá y subirá los quilates de su valor.

Principio de la claridad y ennoblecimiento de la idea es la verdad. Solamente lo verdadero es claro é inteligible, como solamente es noble, hermoso y deleitable. Lo falso y erróneo es siempre oscuro, siempre confuso y repugnante. Criado en las tinieblas, huye la luz y esconde su verdadera realidad de los ojos y aun de las sospechas de los hombres. Con la verdad aparecen los objetos como son en sí, puros, sinceros y con aquel sér que recibieron de su Criador, y por esto son hermosos y agradables; con la falsedad se presentan revueltos y disfrazados con trajes y apariencias extrañas que, por más que lo procuren, no pueden ocultar su intento de seducir la inteligencia, y por esto son enojosos y aborrecibles.

La claridad de las ideas, efecto y resultado de su verdad, parece que debiera lograrse fácil y aun naturalmente, y de aquí pasar á las palabras por consecuencia necesaria; y con todo esto, nada hay más difícil y trabajoso. «Escribo como hablo, decía Juan de Valdés;<sup>3</sup> solamente tengo cuidado de usar

de vocablos que signifiquen lo que quiero decir, y dígo lo tanto más llanamente me es posible, porque en ninguna lengua está bien la afectación.» Hermoso precepto, pero que en su aparente sencillez encierra la dificultad mayor que contienen las obras artísticas, supuesto que el mayor esfuerzo del arte ha sido siempre disimularse y esconderse á las miradas de los hombres.

*Arte che tutto fa nulla si scopra.*

Nace la dificultad en expresar clara y sencillamente las ideas de que como éstas no se ofrecen por la mayor parte á la inteligencia puras y distintas, sino envueltas en cierta vaguedad é indecisión vaporosa que no permite verlas en la exacta precisión de sus contornos, es necesario sacarlas de esta niebla ú oscuridad, á fin de que, distintas é iluminadas en sí, puedan esclarecer las palabras con los reflejos de su propio resplandor y hermosura.

Esta apuración y aclaramiento de las ideas la hace el alma cuando por medio de la reflexión interior, ora instintiva, ora querida y deliberada, considera cada concepto ó idea por sí, y mirándolo por todos sus visos ó semblantes, examina los elementos de que se compone y los distingue cuidadosamente y derrama, en fin, sobre ellos el divino fulgor que á ella misma la embellece y sublima. Todo lo cual es de no escaso trabajo para la inteligencia, que vagueando siempre á lo exterior, se recoge y vuelve en sí muy penosa y difícilmente, y de todo cuida, al parecer, menos de lo que en ella pasa.

Que la prontitud en discernir los conceptos mentales y en distinguirlos y esclarecerlos haya sido siempre dote característica de los españoles, nadie habrá que lo ponga en duda. Nuestro entendimiento, como el cielo clarísimo de España, se goza en la luz, en la transparencia y diafanidad de las ideas. La oscuridad y la confusión nos han sido siempre odiosas y repugnantes. Otras naciones se podrán gloriarse de su discreción y agudeza; otras, de su elegancia y gracia; otras, de la precisión y energía de su hablar; los españoles nos gloriaremos siempre de hablar con claridad y sencillez. Decir las cosas clara y llanamente siempre significará hablar castellano.

De esta perspicacia nativa del ingenio, de la lucidez con que las ideas nobles y levantadas se han presentado á la mente de los españoles y del poder que ha ejercido esta claridad en los actos y resoluciones de sus voluntades, ha provenido la constancia y tenacidad en los propósitos, la llaneza y gravedad en las costumbres, el amor á la justicia y á la honestidad y el entusiasmo que han despertado siempre entre nosotros las grandes y generosas empresas. Las ciencias ó especulaciones de la inteligencia que más nos han halagado, han sido, no las que se refieren á hechos ó datos sensibles, á lo que se puede contar ó medir, á lo que puede ocasionarnos utilidad práctica inmediata, sino las que versan sobre cosas ó realidades que resplandecen en las regiones más elevadas del pensamiento, tales como la Jurisprudencia, la Teología, la Filosofía llamada escolástica, y de éstas aquella parte sublime de los principios, adonde tienen que reducirse los hechos ó casos particulares, si ha de haber ciencia verdadera. Todas las causas en que se defendían tan elevados principios han tenido en esta tierra de España sus defensores más decididos y entusiastas. Por ellas se ha peleado tenacísimamente; por ellas han derramado millares de españoles su sangre, arrostrado dificultades indecibles y sacrificado su bienestar, sus comodidades y sus haciendas. Nos han llamado soñadores, gente fantástica, nación de caballeros andantes; pero nada nos han importado tales dicterios, y hemos seguido imperturbables nuestro camino, rindiendo culto á nuestros grandiosos ideales y despreciando

los bienes y las ventajas del cuerpo para atender á los bienes y á las inmortales aspiraciones del alma.

En todo tiempo fueron los españoles finos amantes de la belleza ideal que campea en las cosas que se sobreponen á los sentidos; pero jamás pusieron tan de realce esta magnífica cualidad como en el siglo XVI, el más glorioso, sin duda, de nuestra historia, y tan bello y admirable cual no puede presentarlo ninguna nación entre las extendidas por la redondez de la tierra. De aquellos valerosos españoles pudo decirse con más razón que de los atenienses del tiempo de Tucídides<sup>1</sup> que así obraban y procedían como si no tuvieran más hacienda que su idea ó pensamiento. Descontando hechos ó casos particulares, inevitables en la condición de la naturaleza humana, las ideas más levantadas, el legítimo honor, el acrecentamiento de la religión, el engrandecimiento de la patria, encaminado á ganar

Al rey infinitas tierras  
Y á Dios infinitas almas,

fueron los móviles de unas hazañas que por su grandeza y temeridad nos parecen hoy imposibles. Jamás se vieron en pueblo alguno de la tierra espíritus más gallardos y vigorosos, ni que arrostrarán mayores peligros y dificultades para hacer triunfar tan nobles ideas, que los que se vieron en España en aquella edad, eternamente venturosa. Jamás tampoco los hubo que acometiesen con tanto ardor la resolución de los problemas más arduos que se ofrecen al humano entendimiento; porque si las hazañas de los guerreros y famosos capitanes aparecen como imposibles ó quiméricas, las especulaciones de las inteligencias de los teólogos ó filósofos españoles, según constan en los monumentos de su saber, son tales, que de sólo mirarlos se queda la imaginación espantada.

A la eminencia y soberanía de estos ingenios, más que al poder de las armas y á la habilidad de las negociaciones diplomáticas, debió España su preponderancia y avasalladora influencia. Triunfantes y acompañados de los aplausos más honrosos para la naturaleza humana, los sabios españoles recorrían los reinos y provincias de Europa, derramando la luz de su enseñanza en casi todas las Universidades, obteniendo en ellas vitores y coronas, honrando las imprentas con sus obras inmortales y ganando para su patria una gloria no perecedera. En verdad, la grandeza política de España en aquel siglo tuvo sus enemigos y provocó envidias inextinguibles; su grandeza científica é intelectual, si provocó envidia, fué la que llama Cervantes santa y bien intencionada; envidia que, para honor de nuestra naturaleza, no se ha acabado todavía, pues no hay nación que no desee haber engendrado ingenios tan famosos y que no se considere honrada con estampar de nuevo ediciones magníficas de los libros de aquellos sabios egregios.

El pueblo que producía ingenios de una grandeza intelectual tan extraordinaria, había de ser grande intelectualmente. De él había salido la savia que discurría por tan vastas inteligencias. El, además, no era el guiado y conducido por sus reyes, políticos, guerreros, conquistadores y varones insignes; sino que él era quien guiaba y arrastraba á éstos por la senda gloriosísima que se franqueaba á los espíritus. Noble y de alentado corazón, abierto á todas las grandezas del alma, se puso al frente del movimiento político y civilizador del mundo, declarándose el defensor de la verdad católica, el baluarte de la Iglesia romana, el amparador de la dignidad de la ciencia, puesta á grave peligro por las herejías de Lutero<sup>2</sup>. Viviendo en la clara

<sup>1</sup> En *La Perfecta casada*, § 10.

<sup>2</sup> Fr. Jerónimo de San José en su libro *Genio de la Historia*, p. III, c. IV.

<sup>3</sup> En el titulado *Diálogo de la lengua*.

<sup>1</sup> Véase el libro I de *La Guerra del Peloponeso*, n. LXX.

<sup>2</sup> Son notorias las invectivas de Lutero contra la ciencia y contra las fuerzas naturales de la razón y de la libertad humana. Sobre los deplorables efectos producidos por sus predicaciones en la cultura general de Alemania, pueden consultarse las obras históricas de Audin, Jansens y otros.



atmósfera de las ideas, había colocado el fundamento de su vida intelectual, no en las vaguedades de la opinión, sino en doctrinas claras, precisas y auténticamente demostradas. Luz quería, no oscuridades ni indecisiones. Dogmas é ideas le movían, no exaltaciones de la sensibilidad ni entusiasmos irreflexivos. La fe, principio de sus creencias y de las relaciones del alma con el Criador, era, no aquella fe vagarosa é indeterminada, hija del instinto y del sentimiento, que, nacida allá entre las nieblas de Alemania, extraviaba entonces á otros pueblos y naciones, sino la que se apoya en dogmas bien definidos y cuya existencia puede ser demostrada con argumentos ciertos é incontestables.

Santa Teresa, ejemplar sin duda alguna el más hermoso y auténtico de la piedad española, buscaba, no devotos entusiastas que exaltasen su sensibilidad y fomentasen los encendimientos de su corazón apasionado, sino teólogos eminentes que iluminasen el espíritu con su enseñanza, que la asegurasen de la bondad de sus propósitos y quereres, y que le mostrasen los peligros que podía encontrar en los misteriosos caminos que llevan nuestra alma á Dios. «Son gran cosa letras, decía<sup>1</sup>, para dar en todo luz», y una y otra vez encargaba á sus religiosas que ante todo buscasen hombres doctos, *letrados* como los llamaba, para la dirección de sus almas.

Con tal formación ó educación intelectual, entiéndese la alteza de los pensamientos, la firmeza de las convicciones y la forma y tendencia que los españoles del siglo xvi hubieron de imprimir á las especulaciones de la mente, y sobre todo á su filosofía, á su literatura, á su lenguaje y á su estilo. Viviendo la inteligencia del pueblo español en una esfera brillantísima de luz y de sabiduría, había necesariamente de reverberarla en todas sus producciones. Como el entendimiento veía claro y rebosaba de evidencia, había de reverterla naturalmente sobre las cosas á que se aplicaba. Como era un foco de luz, había de comunicarla hacia fuera y clarificarlo y hermosearlo todo con sus resplandores; y purificados y acendrados y ennoblecidos los conceptos, tenían que reflejar sobre las palabras en que iban envueltos aquel lustre que les venía de lo más íntimo de su ser y de lo más hondo de su naturaleza.

El deseo de traspasar esta claridad instintiva del pensamiento á las dicciones y á todo el discurso de la oración es la cualidad que más distingue á los escritores de aquel tiempo. El amor de la verdad es su guía, el inspirador de sus ideas y el que compone, ordena y metrifica sus palabras y sus frases y expresiones. Todo en sus libros se subordina á esta verdad. Muévense las ideas con orden tranquilo y apacible; el estilo corre limpio y sereno, sucediéndose unos conceptos á otros sin violencia ni esfuerzo, cual las ondulaciones de una fuente en cuya tersa superficie se retratan las luces del cielo y en cuyo fondo se ven las más menudas piedrezuelas. Allí no hay palabras superfluas y baldías, puestas no más que para dar pompa y boato al estilo. La imagen no ahoga á la idea, sino que la realza y embellece. Los epítetos son propios y convenientes; las metáforas y figuras, como nacidas con los objetos que quieren ennoblecer; todo el andar de la frase, sencillo, espontáneo y natural.

Y esta sinceridad y candor de lenguaje no son propios únicamente de teólogos ó filósofos que habían pasado su vida entre el polvo de los libros y el alboroto del disputar de las Universidades. La solidez de los conceptos, el pensar recta y ordenadamente, el estilo claro, nervioso y robusto, son comunes á todos los escritores de aquel tiempo, y aun mujeres cuya librería estaba reducida á unas po-

cas obras de romance, escriben con una precisión y propiedad de palabras, aun sobre cosas altísimas, que espanta hoy á hombres muy versados en las especulaciones de la ciencia. Y la razón de esto es porque, si no habían frecuentado las aulas ni sabían nada de las categorías de Aristóteles, ni sospechaban que hubiese análisis de conceptos, ni figuras silogísticas, además de poseer la lucidez de entendimiento propia de nuestra raza, escuchaban de continuo á varones doctísimos que, con la claridad de su enseñanza, ilustraban á maravilla sus inteligencias; vivían en dichosa familiaridad con las ideas nobles y generosas; se nutrían de la médula del león, que con tanta abundancia les ofrecían aquellos insignes maestros.

En verdad, los grandes teólogos de España en el siglo xvi fueron los verdaderos maestros y los legítimos formadores y educadores del pueblo español. Su noble amaestramiento dió elevación á las ideas y temple y vigor al carácter nacional; y la eficacia de su influencia, obrando directamente en lo más íntimo de la lengua española, puso en alarde sus galas más brillantes y sus más preciados tesoros. Porque es así que todos los escritores de aquella edad merecen alta estima, sin que haya uno siquiera, por oscuro que sea, en quien no resplandezcan grandes riquezas de estilo y bellezas admirables de lenguaje: en los historiadores maravilla la dicción severa, majestuosa, llena de energía y gravedad; en los novelistas asombra la naturalidad en la pintura de los caracteres, la viveza de las descripciones, la soltura y buena gracia del diálogo; en los dramáticos hay una flexibilidad y riqueza de palabras que no tiene igual en el mundo; en los poetas, y en especial en aquel poeta sin nombre y que no fué menos que todo el pueblo español, autor del prodigioso *Romancero*, hay tal mina de frases galanas y graciosísimos modos de decir, que realmente es inagotable; pero toda esta riqueza y copiosidad de lenguaje es muy insuficiente á dar idea de los tesoros que encierra nuestra habla, de suerte que, quien hubiese profundizado en el estudio de los dichos autores y admirado en ellos el vigor, la copia, la majestad de la lengua castellana, muy mal conocería esta lengua si no la hubiese estudiado además en los libros de los ascéticos españoles.

Las obras que estos autores escribieron son las joyas más estimadas de nuestra literatura. En ellas campea toda la soberana majestad de la lengua castellana; en ellas es donde se aprende á modelar la frase, á darle precisión y claridad, á granjearle número y armonía; en ellas es, sobre todo, donde se acostumbra uno á pensar bien, principio y fundamento del bien hablar y del bien escribir. ¡Qué savia tan vigorosa discurre por sus páginas! ¡Qué calor tan íntimo y penetrativo se siente al leerlas! ¡Qué viveza en las imágenes! ¡Qué abundancia de comparaciones! ¡Qué tropel de frases y dichos galanísimos se levantan al contacto de las plumas de estos escritores admirables! Las palabras más sencillas adquieren en ellos una especie de iluminación sobrenatural que esclarece prodigiosamente la inteligencia, y la levanta y sublima. Sus frases despiertan en el alma ideas y emociones que jamás experimentaron Sócrates ni Platón, ni cuantos alzaron sus entendimientos á la contemplación de los misterios divinos. Conócese al leerlos que su inspiración les viene de una región más alta que el Parnaso y de una fuente de aguas vivas más vigorosas que las de Aretusa é Hipocrene. Guía y mueve sus plumas, no el arte ó impulso humano, ni siquiera aquel sagrado instinto ó furor que al decir de Platón había de arrebatar y sacar fuera de sí al poeta si había de producir obras grandes y hermosas, sino un aliento más noble y un como delirio ó transportamiento divino que, lanzándose en ellos, los llena del espíritu de Dios,

y aviva su fantasía y penetra y transforma sus ingenios de suerte, que las palabras que salen de sus plumas despiden resplandores que todo lo iluminan, y centellean y levantan llamas por donde quiera que pasan. En verdad, su lenguaje no parece de hombres, sino de ángeles, y nunca como en estos escritores se verifica la sospecha de Platón<sup>1</sup> de que «en el lenguaje humano hay palabras tan admirables y hermosas que solamente Dios pudo enseñarlas y revelarlas á los hombres.» A la luz de estas palabras parece que los misterios divinos pierden algo de su oscuridad, y la majestad terrible de Dios se acerca á nosotros y se nos avecina y humana, y como que la vemos en aquellos libros destellando rayos de su claridad y avivándonos con su augusta presencia; de suerte que, si delante de una estatua hermosa Sócrates adoraba la Hermosura, en presencia del espíritu que anima el estilo y el lenguaje de nuestros místicos el hombre adora á la Divinidad que vive y resplandece en sus prodigiosos escritos.

¡Ah! Glóriese Grecia con Platón, Proclo y Plotino. Ufánese Roma con Séneca y Marco Tulio. Envanézcanse las modernas literaturas con Bossuet y Fenelón, con Bártoli y Ségneri, con Herder y Schelling; que los españoles, sin negar el mérito de estos autores y la alteza de sus escritos, reservaremos nuestros amores y el entusiasmo de nuestro corazón para nuestros grandes escritores ascéticos, para Avila y Granada, Fray Luis de León, Alonso Rodríguez, Fr. Juan de los Angeles, San Juan de la Cruz y otros ciento; y sobre todos estos entendimientos sublimes, y sobre todos cuantos en todas las lenguas y naciones y literaturas del mundo han escrito de Dios, de sus perfecciones inefables y de sus misericordias para con el hombre, colocaremos á aquella ilustre avileña, honor eterno de España y gloria perdurable de su sexo, que más que nadie alcanzó de tan sagrados misterios y que supo declararlos con mayor hermosura, sublimidad y dulcedumbre de estilo.

(Se continuará.)

## MISCELANEA

*Longevidad arbórea.* — Según la vida que alcanzan los árboles ó especies forestales, se pueden clasificar en los siguientes grupos:

LONGEVIDAD.	ESPECIES.
De 300 á 600 años.....	{ Roble. Castaño. Haya.
De 200 á 350 años.....	{ Pinabete. Abeto. Alerce.
De 150 á 300 años.....	{ Tilo. Pino. Olmo. Almez. Arce.
De 60 á 120 años.....	{ Robinia. Aliso. Abedul.
De 40 á 70 años.....	{ Álamos. Sauces.

He aquí en los términos en que un periódico daba cuenta en el mismo día del suceso, del feliz alumbramiento de la Reina Regente Doña María Cristina.

Desde las primeras horas de la mañana del día 17 circulaban rumores de que á la Reina Regente se le habían presentado los síntomas de un próximo alumbramiento.

A las once de la mañana empezaban á llegar á Palacio las personas que por su posición y circunstancias estaban invitadas á la presentación del regio

<sup>1</sup> En el *Camino de la perfección*, cap. V. — Esta idea es una de las que ocurren con más frecuencia en los escritos de Santa Teresa. En una carta encarga á la Priora de Sevilla que, cuando hubiere de comunicar algo, se deje de maestros de espíritu y busque grandes tetrados, «que éstos, dice, me han sacado de muchos trabajos.»

<sup>1</sup> En el *Diálogo Cratilo*, n. XV.

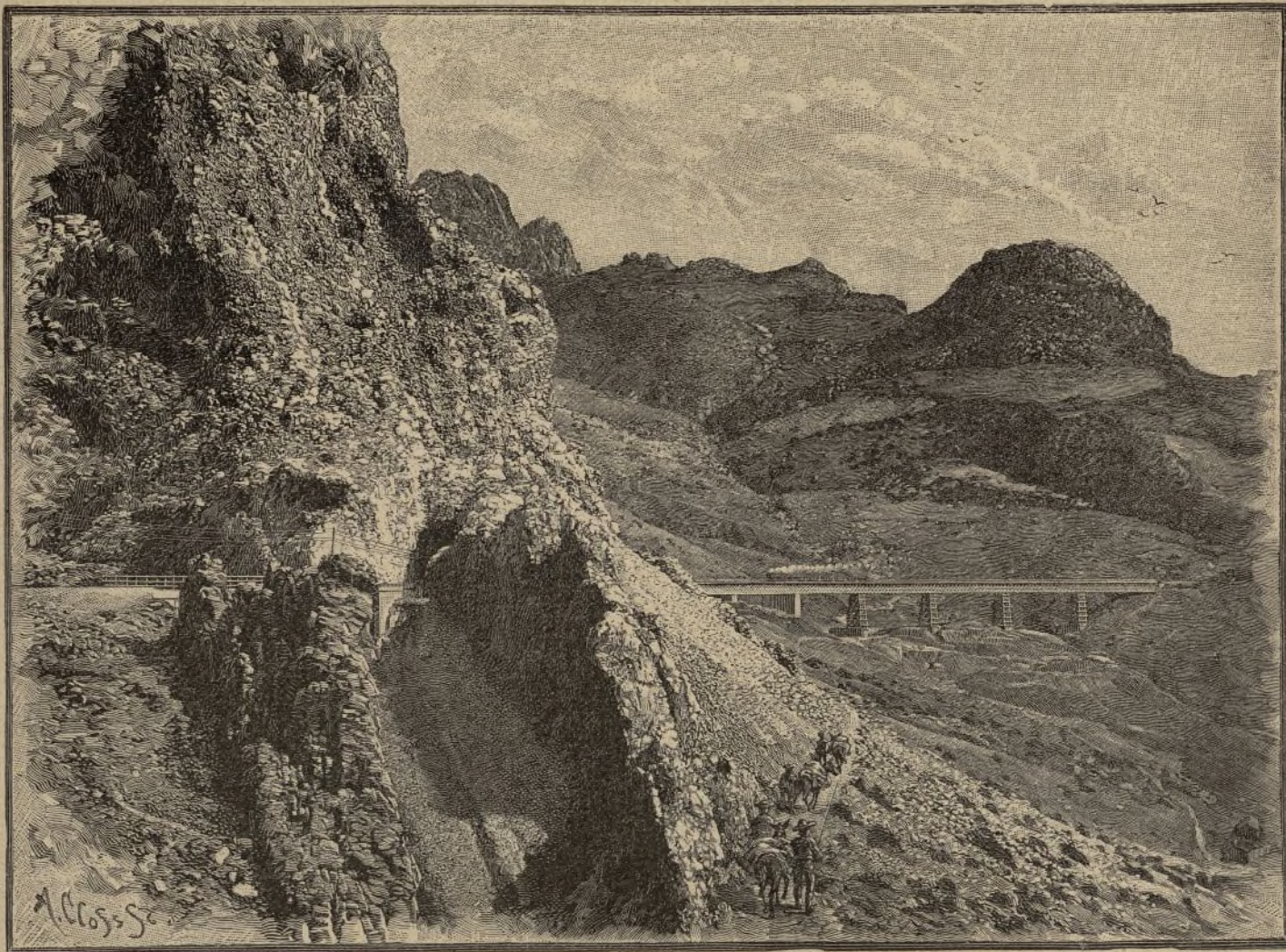


vástago. A las doce se hallaban reunidos en el Palacio de la Plaza de Oriente los jefes de los partidos dinásticos, el Gobierno, los jefes de Palacio, las comisiones de las Cortes, los grandes de España, los Capitanes generales, los caballeros de la Orden del Toisón de Oro, comisiones de las supremas Asambleas de las Reales Ordenes de Carlos III é Isabel la Católica, los Presidentes de los Tribunales y Supremos Consejos, las autoridades de Madrid, el Cabildo catedral, los Emms. Sres. Cardenales Fr. Zeferino González y Payá y Rico, los directores de las armas, la comisión de Asturias, etc., etc. To-

dos los asistentes que tienen uniforme lo usaban. Los demás iban de frac.

A las doce y media ha dado á luz la Reina Regente un niño después de felicísimo parto. Inmediatamente la Camarera mayor, señora duquesa de Medina de las Torres, lo ha puesto en conocimiento del Sr. Presidente del Consejo de Ministros, quien en alta voz ha anunciado el suceso á los presentes, y singularmente al Capitán general y al Comandante de Alabarderos, que han dispuesto que se hicieran salvas de 21 cañonazos, que son de ordenanza. Inmediatamente se ha enarbolado la bandera es-

pañola en la parte del Real Palacio, llamada la Punta del Diamante, y el Presidente del Consejo de Ministros, acompañado de la duquesa de Medina de las Torres y de los jefes superiores de Palacio, ha presentado el recién nacido al Cuerpo diplomático extranjero, que se hallaba presidido por el Sr. Nuncio de Su Santidad, y demás comisiones. A la una y media estaba extendiendo el acta del nacimiento y presentación del nuevo vástago el señor ministro de Gracia y Justicia en su cualidad de Notario mayor del Reino.



PASO DEL FERROCARRIL POR LOS GAITANES.  
(Sierra de Antequera.)

El domingo 16 del corriente se celebró con gran solemnidad la inauguración de la nueva iglesia que las Hermanitas de los Pobres han erigido en su casa de la calle de Almagro, de esta Corte. Tomamos de un periódico el relato de esta fiesta, á que no tuvimos el gusto de asistir:

«El templo es espacioso, de construcción sencilla y elegante y de estilo bizantino. El arquitecto, Sr. Salces, que ha dirigido las obras, ha llenado su cometido á la perfección.

A las diez en punto dió principio el santo sacrificio de la Misa, que dijo el Capellán mayor, don Andrés González; presidió en lugar preferente y bajo dosel, el Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad, y predicó la palabra de Dios el ilustrado y docto profesor de la Universidad Central, D. Benigno Cefranga. Terminada la Misa, se cantó en acción de gracias un solemne *Te Deum*, después del cual se sirvió á los ancianos asilados una suculenta y excelente comida, siendo obsequiados los concurrentes á la religiosa ceremonia con dulces y refrescos.

El magnífico terno que se estrenó en la Misa, fué regalado por S. M. la Reina Regente.

A las cinco de la tarde se celebraron piadosos ejercicios, á los cuales asistió el Emmo. Sr. P. Zeferino González.

Era, en verdad, un espectáculo tierno y conmovedor el que ofrecía aquel asilo de la caridad en la mañana de ayer. Las Hermanitas de los Pobres, esos ángeles de la abnegación y del amor divino, repartían á los pobres ancianos la comida, que ellos saboreaban con verdadero deleite y complacencia. De los ojos de éstos salían lágrimas de gratitud, y sus labios proferían bendiciones de reconocimiento.

Fiesta admirable de la caridad cristiana: su recuerdo no se borrará nunca del corazón de cuantos la presenciaron.»

El celoso Obispo de Segorbe, Sr. Aguilar, ha realizado una nueva mejora en su diócesis. Había muchos libros en el antiguo colegio de Jesuitas, convertido ahora en Seminario sacerdotal, y muchos también en el Palacio del prelado. Este ha dispuesto que se reúnan todos, se ordenen y clasifiquen, para formar una biblioteca con destino á dicho Seminario. Nombrado bibliotecario el ilustrado Presbítero Sr. D. Juan García, éste ha terminado ya el ordenamiento y colocación de todos los volúmenes, que ascenderán á seis ó siete mil. Entre ellos abundan, naturalmente, las obras de teología, cánones, moral, etcétera, y hay muchos de gran mérito, y algunas que son joyas bibliográficas. Lo que faltará en esta biblioteca serán obras modernas, pero el señor Obispo se propone llenar este vacío.

He aquí los tristes datos que publica un periódico acerca del estado de la riqueza vinícola de España:

«La provincia de Málaga tiene pérdidas 83.400 hectáreas de viñedo. La de Almería 1.500 hectáreas en los términos de Adra y Berja. La de Gerona cuenta con 10.000 hectáreas atacadas por la filoxera y el *mildew*. La de Granada tiene invadidos los pueblos del litoral. En la de Murcia ya está haciendo estragos en los términos de Caravaca y Cofegín.

Si á estas cifras, de por sí tan significativas, se agregan las de los estragos causados en los viñedos de la Rioja y otras comarcas por el *mildew*, se pue-

de calcular el perjuicio inferido á la producción de vinos de España, evaluada en más de 400.000 rs.»

El doctor Mr. Sandrás ha hecho una comunicación muy curiosa ante la Sociedad Médica del Panteón de París, sobre las modificaciones que pueden obtenerse en la voz por la inhalación de diversas sustancias. El referido doctor pretende devolver la voz á las personas que por constipado y extinción la hubiesen perdido, y según afirma, la operación es de cortos momentos. También asegura que puede aumentar la vibración, la fuerza y la extensión de las voces.

Ha presentado á la referida Sociedad una batería de inhaladores, mediante la cual se consigue, después de cierto número de aspiraciones que varían, según los casos, entre una y doce, modificar la voz en su intensidad, en lo agudo de sus tonos y en su timbre; producir ó destruir la voz gangosa, modificar su timbre, darle, á voluntad, carácter tiplado ó bajo, y notas bajas ó elevadas, y extenderla hasta 35 ó 36 notas.

Las sustancias empleadas para lograr estos resultados no tienen nada que se relacione con lo secreto y desconocido. Así, por ejemplo, tomando alguna inhalación de agua de Botot se acrece la extensión del registro; con la brea la voz se apaga hasta extinguirse, y para los demás efectos el doctor usa soluciones de diversas esencias combinadas proporcionalmente.